

LA ÚLTIMA LECCIÓN

de

Luis Guerrero

CESARE BLASI, profesor de latín (César)

ALBERTO RONCAI, bibliotecario

RITA, empleada de biblioteca

GIOVANNI GRIMOLDI, periodista televisivo (Juan)

ACTO I

(Sala de lectura de una biblioteca de barrio. Mesas y, naturalmente, muchos estantes llenos de libros.

Al fondo, dos o tres ventanas a través de las cuales se alcanza a ver el parque donde se encuentra el edificio. A la izquierda, una puerta que da a una oficina al interior de la biblioteca. A la derecha, la puerta de entrada.

Ambiente de enorme desorden. Los libros dan la impresión de haber sido apilados sobre los estantes de cualquier manera; la mesa de la dirección y las de lectura, que son cuatro o cinco, están repletas de revistas y periódicos.

De una pared cuelga un cartel en el que se lee la palabra "SILENCIO".

Grimoldi, periodista televisivo de unos cuarenta años, está sentado en una de las mesas y hojea algunos números de unos diarios.

Rita, empleada de la biblioteca de unos cincuenta años, está sentada en el escritorio principal y trata, con cierto cansancio, de poner en orden unas fichas.)

RITA: - ¿Ha encontrado lo que buscaba?

GRIMOLDI: - Hasta ahora no, por desgracia. Me temo que fue en un número del año pasado.

RITA: - En ese caso sólo tiene que ir a la Biblioteca Central. Allí tienen los números y los microfilmes de todos los diarios. ¡Imagínese, que tienen *Il Corriere* desde 1876! Si quiere yo puedo hacer la solicitud.

GRIMOLDI: - Muy amable de su parte Rita, como siempre. A mi modo de ver, usted tiene un solo defecto. Vaya, una culpa... de la que no hay manera de absolverla.

RITA: - ¿Cuál sería?

GRIMOLDI: - Ay, linda, que usted nunca ve mi programa de televisión. ¿Le parece poco? Estos se los puede llevar. Ya los hojeé todos.

RITA (*retirando esa pila de periódicos*): - ¿Qué quiere que haga? Cuando llego a casa entonces empieza el trabajo duro de verdad, ¡está todo por hacer! Pero todavía no me ha dicho qué piensa de lo que pasó la otra noche. Me deja hablar y hablar... Pero usted no suelta prenda.

GRIMOLDI: - Ese es precisamente mi trabajo: hacer hablar a los demás. Y no tiene idea de lo que cansa obligarse a escuchar. O por lo menos, poner cara de que uno escucha.

RITA: - Es que me gustaría conocer su opinión. Es una cuestión que tiene su importancia. Ni le cuento la impresión que me hizo.

GRIMOLDI: - A decir verdad, ya me la contó, y abundantemente.

RITA: - Sobre todo la colorina, que era tan bonita. Alta, elegante con ese cuello largo... A veces casi parecía que me sonreía. Ahora va a decir usted que estoy loca.

GRIMOLDI (*devolviéndole el último periódico*): Listo, terminé, no hay absolutamente nada. Un millón de gracias, Rita.

RITA: - ¡A sus órdenes! Sabe que, por reglamento yo no debiera ni siquiera tocar los libros. Abrir el local, cerrarlo y limpiarlo. Pero si nos ponemos formales todo se paraliza.

GRIMOLDI: - Ah, pero todo se lo he devuelto perfectamente ordenado, mire. Apilados, igual a como me los dio.

RITA: - Hasta que no llegue el nuevo responsable no estoy autorizada a hacer nada. Por eso tenemos que cerrar al público hasta el viernes.

GRIMOLDI: - Sí, sí... pero era sólo para verificar un dato. También si el libro está prácticamente terminado. Lo que todavía me falta, se lo confieso, es un buen título de impacto, un título que venda.

RITA: - Espero que done usted un ejemplar Doctor.

GRIMOLDI: - Claro que sí. Uno a ustedes y otro a la Central.

RITA: - Ah, esos los recibimos ya por derecho... A propósito, ¿sabe que se comenta del posible proyecto de cortar las ramas secas?

GRIMOLDI: - ¿Se refiere a los árboles del parque?

RITA: - ¡No, que va, a nosotros! A las bibliotecas de barrio que no son muy visitadas. Quieren acabar con todas. ¿Usted qué opina? Sería muy bonito que hablara un poco de eso por televisión.

GRIMOLDI: - Señora Rita, pero imagínese. En "Nuevo milenio", subtítulo: "hacia dónde vamos", sólo me dedico a cuestiones capitales: el problema de los valores, los ideales, ¡el sentido de la vida en los albores del 2000! Qué va a importarle al público, por lo menos al mío la suerte de una biblioteca de barrio...

RITA: - Bueno, dígaselo entonces a algunos de sus colegas. La gente allá afuera comienza a tener miedo de salir de casa.

GRIMOLDI: - Para empezar, se tiene que enfadar con el gobierno, que no se decide a cerrar las fronteras. En este país se está congregando la hez de todo el planeta. Después no nos asombremos de lo que pase. Fíjese que usted hace un momento me hablaba de una colorina... No me diga que de nuevo han asaltado a otra chica.

RITA: - No, aquello era un rumor, ¿no ha oído decir? Sí, hombre, la historia aquella de la otra noche.

GRIMOLDI: - Ah, ya, los rumores de los patos del laguito. Me han dicho que los degollaron a todos. Perdona, pero el programa y el libro me han tenido un poco aislado del mundo.

RITA: - Nosotros también estamos aislados; en otros tiempos sí éramos una verdadera biblioteca de barrio. Después, todo se ha venido a menos, adentro y afuera. Comenzaron a recortar los fondos y en este momento sólo nos llegan cuatro diarios. ¡Cuatro! Y usted sabe que eso aquí es el plato fuerte. Por supuesto que no tenemos los manuscritos de Alessandro Manzoni en las estanterías.

GRIMOLDI: - Ni nadie lo pretende en el fondo. Uno viene aquí buscando su compañía, y la tranquilidad, y la vista.

RITA: - Sí, la vista. Este parque no será una belleza pero por lo menos en una época era seguro. Pero poco a poco se lo han tomado delincuentes, traficantes, drogadictos... Y, además, está sucio, como toda la ciudad, por otra parte; ¡peor que un basurero! Han arrancado los carteles indicadores, las rejas y las luminarias. Para que al final, las dos chicas...

GRIMOLDI: - Sí, de veras ha sido fuerte.

RITA: - Otra vez dos vándalos agredieron a una señora, lo que pasa es que en aquel momento iba pasando por allí el profesor y se dieron a la fuga.

GRIMOLDI: - ¿Quién? No me diga...

RITA: - Él mismo, me lo dijo una tía de la cabra. Pero él no habla ya de esas cosas.

GRIMOLDI: - ¿El profesor Blasi? Pero... ¡*Babae!*, como diría él.

RITA: - Piense usted que fue en este mismo parque que encontraron muerto a su hijo, tirado en el pasto. Durante horas estuvo allí tirado sin que nadie se diera cuenta o hiciese algo para ayudarlo. Cuando finalmente lo vieron era demasiado tarde.

GRIMOLDI: - Así es, demasiado tarde... esas son palabras que a menudo le oigo repetir... Me parece que ese pobre viejo todavía sale a dar vueltas por el parque... buscando al hijo.

RITA: - Después de aquella tragedia ha cambiado, cierto. Yo pensaba que se iba a encerrar más en sí mismo, peor que antes. Pero en realidad, poco a poco, se ha vuelto más humano, más simpático, no sé cómo decirlo.

GRIMOLDI: - Ya, si no fuese porque de vez en cuando se imagina estar en la escuela y nos confunde a todos con sus alumnos. "Grimoldi, *silentium!*" me dijo el otro día... ¡Qué tipo! Pero en el fondo me habría gustado hacerlo leer también a él la historia de Cecilia Mastalli.

RITA: - ¿Cecilia quién?

GRIMOLDI: - Ah, querida, ¡Cecilia quién...! Usted hace como yo, no escucha... ¡La santa campesina, la protagonista de mi futuro *best-seller*! ¡Dios mío, se me ha hecho tarde! Por cierto, quisiera llevarme esta novelita policíaca. ¿Me la puede prestar?

RITA (*dudando*): - Está bien. Pero fíjese (*acercándose nuevamente al escritorio principal y revisando los papeles*)... ¿se acabaron las fichas? ¡Dios mío, qué desastre esto, no se encuentra nada! (*Resignada*) Qué se le va a hacer, después se lo apunto, de usted me fío.

GRIMOLDI: - No veo la hora de tener también yo un librito que la gente pueda llevarse prestado a la casa. Todos mis colegas de la TV han escrito uno. Si no tienes un libro con tu nombre en la cubierta estás condenado a la marginación. Este país tiene una de las tasas de lectura más bajas del mundo, pero todos escriben sobre todo. En los estantes he visto títulos como: *Historia de los calzoncillos: uso y mantención*. O este otro: *Defecar en los bosques: acercamiento ecológico a un arte perdido*. Yo por lo menos me enorgullezco de haber escrito uno serio, importante.

RITA: - ¿Y de dónde sacó la idea para esa historia?

GRIMOLDI: - De... un periódico sensacionalista, en la barbería.

RITA: - Ah, ya me parecía.

GRIMOLDI: - No se asombre. Eso también hace falta para saber qué quiere la gente. Espero que le guste, Rita. ¿Usted lee libros?

RITA: - Nunca, me basta con pasarme el día rodeada de ellos.

GRIMOLDI: - Un poco como les pasa a todos los demás. Pero mi libro sí lo tiene que leer. Ah, si todavía hubiera gente como la Cecilia de mi historia, seguro que el mundo, esta ciudad y el parque serían muy distintos. Buenas noches, Rita.

RITA: Buenas noches.

GRIMOLDI: - Y véame de vez en cuando. "Tercer milenio", todos los miércoles, 20.30 horas, en el Canal 4.

(Grimoldi inicia la salida)

RITA: - Adiós doctor Grimoldi.

GRIMOLDI: - ¡Vea el programa!

(Grimoldi sale. Rita mira el reloj y se pone a ordenar las revistas, suspirando.

Después de unos instantes, tiene la impresión de escuchar un ruido y mira hacia fuera por una de las ventanas, un poco alarmada; vuelve a su trabajo.

Unos instantes después entra Alberto. Es un joven de unos treinta años, robusto y atractivo.)

(Alberto tose para anunciar su presencia.)

RITA: - ¡Ay! ¿Quién es usted?

ALBERTO: - Perdona, no quise asustarla. Yo... no sabía si se podía entrar.

RITA: - Ah, es por los libros. Creo... ¡bah!, ya ni yo sé qué cosa creo. La biblioteca está cerrada hasta el viernes, quiero decir, al público.

ALBERTO: - Sí, leí el cartel. Qué pena que se haya suspendido el servicio.

RITA: - Si hubiese llegado unos minutos antes hubiera podido ayudarlo, pero ahora...

ALBERTO *(sonriendo)*: - No se preocupe, no quiero consultar los libros. Y me imagino que tampoco lo hubiera podido hacer, pues ya están cerrando. Vine... para dar una mirada. Soy el bibliotecario que debe entrar a trabajar dentro de unos días.

RITA: - Ah, pero nadie me dijo nada. De hecho... no esperaba a nadie hasta el viernes, quizás hasta la semana próxima.

ALBERTO: - Es para el viernes. Pero quise venir un poco antes también para evitar que se afectara el servicio. Pero no depende de mí, naturalmente. Es este tipo de burocracia a la que hay que someterse... Quién sabe cuántas molestias se ha ocasionado ya a los usuarios de la biblioteca.

RITA: - A decir verdad, nadie ha venido a protestar.

ALBERTO: - Es hermoso el panorama desde esta ventana. No son muchas las bibliotecas que se encuentran en el interior de un parque. La vista de este verdor, además de los libros, es muy relajante, ¿no le parece?

RITA: - Bueno, puede ser, pero yo me encuentro más a gusto en mi casa. Dijo que había venido hasta acá para mirar, señor...

ALBERTO (*Estrechándole la mano*): - Roncai. Alberto Roncai. Nunca hasta ahora había estado en este barrio. (*Mirando el material que está sobre una mesa*). ¿Periódicos?

RITA: - Sí, vino un periodista, uno que ha escrito una historia sobre una campesina que ya no me acuerdo cómo se llama, del tiempo de la guerra.

ALBERTO (*un poco sorprendido*): - ¿Lo dejó entrar a pesar de estar cerrado?

RITA: - Bueno, sí (*Dándose cuenta de su error*). Ah, pero es una persona confiabilísima. Aquí no viene mucha gente, sabe. ¡Menos después de aquello!

ALBERTO: - Ya, sí, leí un artículo en alguna parte.

RITA: - Dos chicas del liceo Parini, que no está muy lejos de aquí. Y después, la otra noche, los patos del laguito todos muertos...

ALBERTO (*cortando el discurso*): - Los problemas usuales de las grandes ciudades. Por otra parte, es algo que desafortunadamente conocemos bien, ¿no? No hay mucho espacio para los lectores. Tendremos que pensar en otra distribución...

RITA: - Para los que vienen, le aseguro que con eso basta y sobra.

(*Rita se pone el abrigo, como para irse.*)

ALBERTO: - ¿Se va y deja ahí esas revistas?

RITA: - Bueno... estoy esperando a mi hijo. Vivo lejos y a esta hora no me aventuro sola por la calle. A usted le parecerá un barrio tranquilo, pero de un tiempo a esta parte suceden cosas feas por aquí.

ALBERTO: - Aquí como dondequiera. Pero personalmente (*mirando alrededor y acariciando un estante*) creo... sí, creo que aquí estaré bien.

(Se oye tocar a la puerta.)

RITA: - Bien, ya llegó, tengo que irme...

(Rita sale, luz sólo sobre Alberto.)

ALBERTO *(hablando como para sí):* - Dios mío, ¡que revoltijo hay aquí adentro! Lo primero será poner un poco de orden. No se puede trabajar con los periódicos y los libros tirados como sea sobre las mesas. Después de ser consultados, los libros deben ser devueltos a su lugar. ¡Y parados en los estantes, naturalmente! Será esencial ordenar, puesto que el orden es la primera cualidad que debe tener una biblioteca. *(Empieza a arreglar y a cambiar de lugar algunos libros).* Libros, revistas, folletos, cada cosa en su lugar. Después, hay que ocuparse de la limpieza, la precisión, el respeto a los horarios... Es importante atenerse al reglamento, en todo lo que concierne a la actividad de la oficina: los pagos, las consultas, el préstamo y todo eso. Si el préstamo es por un mes, los libros deben ser devueltos exactamente en un mes. Claro, se puede llamar por teléfono para pedir una prórroga, pero el que olvide hacerlo perderá el derecho al servicio. Ese libro podría ser importante para cualquier otra persona. Es una cuestión de responsabilidad. Si todos fueran más cuidadosos no nos veríamos obligados a adoptar ciertas medidas desagradables. Pero puesto que es inútil esperar gran colaboración, más vale apelar a las reglas. Es por ellas que hay que regirse. Entretanto, comencemos por verificar una cosa, la más importante de todas: ¿están los libros en su lugar, en la estantería que exactamente les corresponde? Veamos...: A1, en su lugar, A2, bien, A3... ¿Será posible que aquí no haya un registro? Estará en alguna parte... Quizás acá.

(Alberto se dirige a la oficina de la izquierda.)

(Unos días después. Es de mañana. Rita está sentada a la mesa del bibliotecario. Grimoldi lee una revista sentado en otra mesa.)

RITA - F 345, F 456, F 891, ...

GRIMOLDI (*leyendo un periódico*): - ¿Sabe que el miércoles he hecho el 7 por ciento? Todavía son pocas las regiones que cubrimos; yo diría que es un resultado sorprendente.

RITA: - G 34, G 45...

GRIMOLDI: - Usted ni siquiera me está escuchando. ¿Se puede saber qué es ese rosario de números que está recitando hace más de media hora?

RITA: - G 123, G 392. Son los libros que faltan. Me pidió que le diera una mano para hacer el inventario de los libros faltantes. Es decir, los que ya no están. (*Hace un gesto para decir: ¡robados!*) Y lo ha pedido como si fuese culpa mía que la gente se lleve los libros para su casa.

GRIMOLDI: - ¿Y dónde está ahora? ¿No me dijo usted que es una persona puntualísima?

RITA: - Fue a la Biblioteca Central a conseguir una copia del reglamento. El ejemplar de nosotros... bueno, ¡se perdió!

GRIMOLDI: - Es cierto que la señora Ricci, con su joroba y sus gafitas de topo, tenía un físico más apropiado para ese papel. Este es tan joven... y tan recto.

RITA: - Me enteré de que los padres murieron hace años en un horrible accidente y a él lo crió una vieja tía. De todos modos, no le gusta hablar de él. Es un poco cerrado, tímido. En la ciudad, además, no conoce a nadie. Y desde que está aquí se pasa el día ordenando, inventariando, poniendo en su lugar.

GRIMOLDI: - Bueno, tímido o no, no tardará mucho en hacer amigos, si realmente lo quiere.

RITA: - La señora Cassani, la que viene por la mañana, dice que se parece muchísimo a un ex-novio de su sobrina. Uno que cuando ella lo dejó, se volvió completamente loco. ¡Parece que de verdad quería matarla!

GRIMOLDI: - ¿Matar a quién, a la Cassani o a su sobrina?

RITA: - ¡A la sobrina!

GRIMOLDI: - No, porque conociendo a la Cassani...

RITA: - Pero no puede ser él, por lo menos yo no lo creo. (*Pensativa*) Roncai ni siquiera es de esta ciudad. Es extraño, pero...

GRIMOLDI: - Ahora no empiece a meterse ideas extrañas en la cabeza, que usted ve misterios por doquier.

RITA: - Bueno, acabé con esta letra.

GRIMOLDI: - ¿Cómo que acabó con una letra? ¿Por qué?

RITA: - No señor, ¡que los libros están divididos por letras! Por tema, digamos. A decir verdad es que ni yo imaginé que hubieran robado tantos.

GRIMOLDI: - No me mire a mí, Rita. Me encuentro actualmente bajo el influjo de la santidad y me comporto en consecuencia. Oiga esto: *Cecilia y los verdaderos valores de la vida*. ¿Qué le parece el título?

RITA: - ¿Qué título?

(*Entra Alberto.*)

ALBERTO: - Buenos días.

RITA: - Ah, ¿qué tal?

ALBERTO: Bien, ¿cómo va la pesquisa?

RITA: - Estoy trabajando en eso. Desde esta mañana.

ALBERTO: - ¿Ha venido mucha gente durante mi ausencia?

RITA: - Sólo el doctor Grimoldi.

ALBERTO: - ¿Sólo él?

RITA: - Por la tarde vendrán estudiantes y algunos jubilados... Pero no muchos...

ALBERTO: - Déjeme, yo continúo. Puede seguir poniendo las etiquetas en el lomo de los libros. Están en el segundo cajón de la derecha. De ahora en adelante, siempre las encontrará ahí.

RITA: - ¡De todos modos, acabábamos encontrándolas igual! Llegué hasta la G.

(*Rita sale.*)

GRIMOLDI: - Se ofendió un poco, sabe, la conozco bien.

ALBERTO: - Perdona, estábamos hablando en voz alta. *(Señalando el cartel)* Estaba dando un mal ejemplo.

GRIMOLDI: - Rita es una magnífica mujer. Y le he tomado simpatía durante la... creación artística.

ALBERTO: - Sí, me dijo que usted está trabajando en un libro.

GRIMOLDI: - Ya está casi en imprenta. Pero todavía no le he encontrado el título. Y mientras espero que salga, me gusta venir aquí a reordenar apuntes, a leer los periódicos. Usted no es de por aquí, ¿verdad?

ALBERTO: - Nunca había estado aquí hasta que conseguí este puesto.

GRIMOLDI: - ¿Tiene televisión en su nueva casa?

ALBERTO: - La verdad es que no. No por ahora, por lo menos.

GRIMOLDI: - Lástima. De lo contrario le hubiera recomendado echar una mirada a mi programa. El título es: "Nuevo milenio". Subtítulo: "Hacia dónde vamos".

ALBERTO: - ¿Hacia dónde vamos?

GRIMOLDI: - De cualquier manera, ya verá que aquí se va a sentir bien. Aparte del clima, el tráfico, los servicios deficientes y la suciedad por todas partes, nuestra ciudad es muy, muy hospitalaria. Dios mío, acá de nuevo.

(Grimoldi ha visto entrar a Blasi. Es un hombre más bien anciano que lleva puesta una gruesa chaqueta a pesar del buen tiempo.

Blasi se sienta a una mesa sin saludar a nadie. Tiene en la mano unas hojas.)

ALBERTO: - ¿Quién es?

GRIMOLDI: - ¿Cómo que quién es? ¿Todavía no había oído hablar de él? ¡*Babae!*

ALBERTO: - ¿*Babae?*

GRIMOLDI: - Sí.

(Blasi comienza a escribir. Después de algunos instantes, arruga la hoja y la tira al piso. Alberto quiere decirle algo. Grimoldi le hace seña de que no le haga caso y se inclina él mismo a recoger la hoja del piso.)

GRIMOLDI: - Buenos días, profesor.

BLASI: - Ah, es usted. *Salvete, salvete.* No me pregunte a mí hacia dónde vamos. Ya yo no voy para ninguna parte.

GRIMOLDI: - Siempre con bromas nuestro latinista.

BLASI: - Y Rita, por cierto, *¿ubi est* Rita?

ALBERTO: - La señora Rita trabaja en otra pieza. ¿Puedo serle útil yo?

BLASI: - No, gracias. ¿Tampoco está la Ricci?

GRIMOLDI: - La Ricci se jubiló. ¿No lo sabía?

BLASI: - No, ¿debería haberlo sabido?

GRIMOLDI: - Parece que ahora está de vacaciones. Es fantástico liberarse de la esclavitud del trabajo, ¿no cree?

BLASI: - Oiga, Grimoldi, ¿también en su programa de TV profiere ese tipo de *stulte dicta*?

GRIMOLDI: - ¿Ah?

BLASI: - Es decir, si habla tonterías. Miren muchachos, hoy no me siento muy bien. Estéense tranquilos, si no... los mando derechito al director. Es que... hoy hace mucho calor señores, perdonen, de veras que hace mucho calor.

GRIMOLDI: - Ahora en el puesto de la vieja directora está el señor Alberto. ¿Lo conoce?

BLASI: - No.

(Blasi saca una nueva hoja.)

GRIMOLDI: - Permítame presentárselo.

BLASI *(sin levantar la vista de la hoja):* - *Postea, optime amice, postea.* De ahora en adelante intervengo en todo, y hoy tendremos una tarea particularmente difícil, debemos escribir una carta de protesta. La micro 23 se ha saltado dos viajes esta mañana. *Senectus*

ipsa morbus, decía Cicerón. La vejez es en sí una enfermedad y, a mi edad, ciertas cosas resultan intolerables. *Viri ad agendum prompti*, así deben ser. Hombres de acción.

GRIMOLDI (*mirando el reloj, a Alberto*): - Creo que es hora de irme.

ALBERTO: - Si hay algo que pueda hacer para ayudarlo en sus investigaciones...

GRIMOLDI: - *Alea iacta est*, como diría nuestro profesor. Es la única frase latina que conozco.

ALBERTO: - ¿Escribió es una novela?

GRIMOLDI: - No, no exactamente. Es la historia de una campesina que en el '44 salvó en su granja a once guerrilleros. Y por eso la mataron y probablemente también la violaron... primero. Para ella hay olor a beatificación.

ALBERTO: - Parece interesante.

GRIMOLDI: - Me alegra que lo considere así. (*Como recitando*) He querido proponerles a ustedes jóvenes, el ejemplo de alguien que ha sacrificado la vida por un ideal. Sus coetáneos, al menos una gran parte de ellos, parece no tener en la cabeza otra cosa que consumir, negar, destruir... Mire a la gente de este parque. A propósito, ¿ha escuchado que de nuevo esta noche...?

BLASI : - Silencio, muchachos, ¡*per deos!* Más vale que nos concentremos en la clase.

GRIMOLDI (*en voz baja*): - Bueno, me voy. Ya hablaremos en otra ocasión. Adiós. Que le vaya bien. Buen día profesor Blasi.

BLASI: - Sí, sí, está bien.

(*Alberto lo despide sin hablar, al tiempo que examina con curiosidad al último lector que ha quedado en la sala: Blasi. Entra Rita.*)

RITA: - Terminé, etiqueté todos los libros que me dijo... Ah, el profesor está aquí.

ALBERTO: - ¿Lo conoce?

RITA: - Claro. Viene muy a menudo.

ALBERTO: - ¿También él escribe libros?

RITA: - Cómo no. Incluso los tenemos en nuestros estantes. Aquella obra completa, *omnia* como se dice, de Cicerón, la donó él. Parece que es una edición rara. Usted debe saberlo mejor que yo, no deberíamos tener aquí esas cosas, pero el profesor ha insistido tanto...

ALBERTO: - Espero que no cause molestias.

RITA: - ¿Molestar, él?

(*Blasi se da cuenta de la presencia de Rita.*)

BLASI: - Oh, señora Rita, ¿entonces estás?

RITA: - ¿*Ut vales*, profesor Blasi? ¿Lo dije bien?

BLASI: - *Optime*, querida. Y así mismo estoy yo. *Optime*, gracias. ¿Y su hijito querido?

RITA: - Muy bien, sólo que me está dando muchos problemas con los estudios.

BLASI: - Al contrario, al contrario, ese es un buen síntoma. *Prius vivere, deinde philosophari*. Es decir, lo que cuenta es vivir.

RITA: - ¿Está trabajando en algo nuevo?

BLASI: - No, no, sólo tomando unas notas para una clase. Hoy en día es difícil atraer la atención de los muchachos. Hay que estar al ritmo de los tiempos, al ritmo... Ya, como si fuese fácil, cuando, además, se enseña una lengua muerta.

RITA: - ¿Ya conoce al nuevo responsable?

BLASI: - ¿Responsable de qué?

RITA: - De nuestra biblioteca. Llegó hace dos días.

BLASI: - ¿Sabe latín?

RITA: - No tengo idea. Pero es muy bueno en su trabajo. ¿Quién hubiera esperado un director tan joven?

BLASI (*mirando a Alberto*): - *Decipit frons prima multos*. El aspecto exterior puede traicionar a muchos. A muchos, pero no al que suscribe.

ALBERTO (*acercándose*): - Me llamo Roncai. Cuando no esté la señora Rita, si necesita algo...

BLASI: - Pero hoy la señora Rita está, ¿no es así? Y finalmente no necesito nada de nada. Pero pensándolo bien, quizá pueda hacer algo por mí... ¿Tiene conocidos usted en la Empresa de Transportes?

ALBERTO: - ¿Quién, yo? A decir verdad no.

RITA: - Aquí están los ejemplares de los periódicos, profesor. Y puesto que hace rato que terminó mi horario, me voy. Tengo el otro trabajo esperándome, el de la casa.

ALBERTO: - ¿Ha devuelto a su sitio las etiquetas?

RITA: - En el segundo cajón de la derecha, sí.

ALBERTO: - ¿Cola, tijeras?

RITA: - Sí, por supuesto.

ALBERTO: - ¿Ha puesto los sellos en el primer armario, como le indiqué?

RITA (*un poco impaciente*): - Sí, sí, vaya y revise para que vea. Adiós, profesor.

(*Rita sale. Pausa*)

ALBERTO: - ¿Quiere que le alcance los periódicos?

BLASI: - ¿Eh? Ah, los periódicos, sí, después les echaré un *obtutus*, una ojeadita, como se dice ahora.

ALBERTO: - Bien, si no necesita nada más, regreso a mi trabajo.

BLASI: - Y yo continúo con el mío (*después de unos momentos, volviendo a escrutarlo atentamente*), aunque...

ALBERTO: - ¿Cómo?

BLASI: - Decía, aunque... (*Aparta las hojas*) hoy hace demasiado calor para concentrarse, ¿no le parece? Y, además... todavía hay tiempo para preparar esta clase. Por casualidad... ¿*tu, latine loqueris?*

ALBERTO: - ¿Cómo, qué?

BLASI: - ¿*Latinae linguae gnarus es?* Es decir, si habla latín.

ALBERTO: - ¿Latín? ¿Si lo hablo? A la verdad, no.

BLASI: - ¿No lo estudió en la escuela?

ALBERTO: - Sí, incluso... me iba bien en latín. Pero hablarlo, no creo haberlo hablado nunca.

BLASI: - ¿Y para qué debería servir una lengua según usted? Después claramente mueren. Pero también la de suya morirá sabe, ninguna lengua vive más de mil años.

ALBERTO: - Entonces, con todo respeto, no creo que a esta la veamos morir.

BLASI: - Eso es lo que cree. En el pasado sólo tuve un alumno que hablaba corrientemente en latín. Incluso escribía poesía en hexámetros. Pierboni se llamaba. Abrió un negocio de cecinas en las afueras de la ciudad, se llama *Porcus amoenus*.

ALBERTO: - Entiendo... Oiga, no quisiera ser descortés pero tengo un montón de cosas que hacer y, además, podrían entrar lectores y aquel cartel...

BLASI: - Perdone, perdone. No es mi propósito distraerlo de... *officium suum*.

ALBERTO (*susurrando*): Veamos, las A están listas, las B también, las C...

BLASI: - ¿Y ahora qué está haciendo por ejemplo?

ALBERTO: - ¿Ahora? Bueno, estoy revisando el trabajo de Rita, verifico qué libros faltan.

BLASI: - ¿Excelente muchacha, no le parece?

ALBERTO: - ¿Rita? Creo que sí. Aunque un poco (*ojea algunas tarjetas sobre la mesa*) distraída. Aquí falta el control de la C. En la C hay libros de geografía.

BLASI: - *Terrarum descriptio*. ¿Usted ha viajado mucho?

ALBERTO: - ¿Yo? Bueno, mientras vivieron mis padres hice varios viajes, sí.

BLASI (*muy interesado, levantándose*): Deduzco que desgraciadamente usted perdió a sus padres muy pronto.

ALBERTO: - Así es. (*Pausa.*) En un accidente automovilístico.

BLASI: - Los autos sí que son mortales, no como las bicicletas. ¿Era muy pequeño usted cuando sucedió?

ALBERTO: - Iba en el auto con ellos, pero, como ve, sobreviví. (*Tomando un libro*) Escandinavia... Su posición está equivocada. Hace mucho que no he vuelto a hacer un viaje.

BLASI: - *Ne te quaesiveris extra.* Es inútil que te busques fuera de ti. Y el viaje más bello es el que se hace dentro de la propia alma. Bello, pero cansador.

ALBERTO: - Sí, casi tanto como volver a poner en orden una biblioteca.

BLASI: - ¿Es grave lo que hizo Rita?

ALBERTO: - Este es un oficio que requiere paciencia y precisión. Puede parecer aburrido... pero es muy importante, créame.

BLASI: - Oh sí, le creo. ¿Por qué no iba a creerle? Le creo.

ALBERTO: - Gracias.

BLASI: - No siempre ha sido así. Quiero decir, primero era mucho más desconfiado. "Profesor, no pude estudiar porque mi mamá estaba enferma, no hice las tareas porque tenía que cuidar a mi hermanito...". Nunca les creía, por principio. Con el tiempo llegué a pensar que mi razón de ser tenía que ver con inspeccionar, dar notas, juzgar, asustar. Pero sea amable con Rita, es una mujer extraordinaria.

ALBERTO: - No me cabe la menor duda.

BLASI: - Bueno, quizá sobre eso no.

ALBERTO: - ¿Cómo dice?

BLASI: - Póngalo también en duda, si quiere. De hecho, póngalo todo en duda. *Dubium sapientiae initium...* La duda es el inicio de la sabiduría. Siempre se lo digo a mis estudiantes. Lo digo pero después no soy capaz de llevarlo a la práctica. Admito que siempre he sido un profesor... tremendo.

ALBERTO: - A veces se necesita un poco de severidad, ¿no?

BLASI: - Ya no estoy seguro. Tengo mis dudas... *Dubium sapientiae initium...* El problema es que a mi edad ya no se puede empezar nada. Pero usted trate bien a Rita; no fue alumna mía y eso ya es una buena señal.

ALBERTO: - Bien, puesto que no está Rita ¿quisiera pedirme algo, puedo serle útil de algún modo?

BLASI: - ¿Útil, a mí?

ALBERTO: - Pensaba que quizás estuviese usted haciendo alguna investigación...

BLASI: - ¿Una investigación, yo? Sí... quizá también yo debiera escribir algo nuevo, como aquel tipo, el animador.

ALBERTO: - ¿Así que usted también conoce el libro de Grimoldi?

BLASI: - La gente piensa que cuando me siento en aquella mesa estoy en las nubes, pero en verdad lo observo todo. Galanti, ¿qué estas leyendo debajo del banco? Pegoiani, basta ya de atormentar a tu compañero. Sandri, ¿qué hay más interesante que esa ventana? ¿Qué pregunta estúpida, verdad? Del lado de allá de esa ventana hay millones de cosas interesantes. Blasi, tú también, ¡no te muevas! ¡Inmóvil! ¡Inmóvil!... Durante horas hablaba de Lucrecio, pero no tanto de su poesía como de la métrica y los verbos declinables. Y esos infelices querían divertirse, querían mirar por la ventana. Pero lo interrumpí, usted decía que podía ayudarme. Estoy casi tentado, sabe; mi papel no es este, pero sería bonito que fuera usted el que me ayudara a mí.

ALBERTO: - ¿Le interesa algo en particular profesor?

BLASI: - Todo. Yo ahora, miro *extra*. Fuera. Como dice el poeta: Nada humano me es ajeno.

ALBERTO: - Los temas están divididos por letras. Pero eso lo sabe usted mejor que yo.

BLASI: - No sé nada, créame. Desde que vengo aquí lo único que he hecho es servirme casualmente de los libros de literatura latina.

ALBERTO: - De modo que aquí está la A, que contempla las obras generales, diccionarios y enciclopedias; después pasamos a la letra B, donde están las biografías de personajes famosos.

BLASI: - ¿Y aquí iría el libro de Grimoldi?

ALBERTO: - ¿El libro sobre esa muchacha? Depende. No sé si el sesgo que él le ha dado es de tipo biográfico o novelesco. En la C, como le decía, tenemos los libros de geografía. Naturalmente hay subdivisiones. Por ejemplo, en C-g, están los libros sobre Asia, en C-k sobre América, etcétera, etcétera. Es un sistema de clasificación muy tosco, hoy en día se usan otros mucho más sofisticados. Existe uno de tipo numérico, el CDD, que clasifica en pequeñas cifras todos los conocimientos humanos. Los libros suyos deberían estar aquí, en la O, más exactamente aquí, en la O-e, ve, O indica lingüística, O-e, lingüística latina. Pero según el CDD sería, más exactamente, veamos... 415.71.

BLASI: - ¡*Babae!*

ALBERTO: - ¿Cómo?

BLASI: - ¡*Babae!* ¡*Babae!* Una expresión vulgar usada por Plauto. Como si dijera ¡Chuta! o algo peor. En una palabra, en pocos días usted ha aprendido más sobre esta biblioteca que yo en años y años de usarla.

ALBERTO: - Bueno, después de todo es mi trabajo. En definitiva, ustedes los lectores leen los libros, yo estoy aquí para ponerlos en orden. Aquí en la letra P tenemos la literatura. La sección más numerosa es sin duda la dedicada a literatura para niños.

BLASI: - Ya, lástima que haya pocos jóvenes por acá, ¿verdad? Excepto usted, claro.

ALBERTO: - ¿Yo? Soy menos joven de lo que usted cree.

BLASI: - Pero decididamente aquí está fuera de lugar. No me malentienda. Estoy seguro de que es un bibliotecario excepcional. Sin embargo, ¿no siente usted el olor a encierro, a cosa inerte que emana de estos libros? Que, por otra parte, no son tan viejos. En la Central tienen realmente libros que datan de Gutemberg... son cosas buenas para ruinas como yo,

para gente incapaz de vivir por su propia cuenta las cosas descritas ahí dentro, pero usted...

ALBERTO: - No siempre es una desventaja vivir sólo en los libros algunas experiencias. Son igualmente instructivas y pueden hacer menos daño. Personalmente siempre he amado los libros. Desde niño pedía que me regalasen la mayor cantidad posible de libros. Me gustaba poseerlos, coleccionarlos, cuidarlos. Además de leerlos, naturalmente.

BLASI: - Y dígame una cosa, ¿qué es lo que más le gustaba leer?

ALBERTO: - No sé, libros de historia, filosofía. Pero también novelitas policíacas, ciencia ficción, en fin, casi todo. Me gustan los libros nuevos que abro y hojeo por primera vez, pero también los antiguos, llenos de anotaciones y de arrugas. Llenos de historia. *(Pausa)* Después que murieron mis padres, por algún tiempo, perdí totalmente la voluntad de leer y de estudiar.

BLASI: - ¡*Optime!* Estupendo.

ALBERTO: - ¿Cómo?

BLASI: - Perdona, quería decir que igualmente habrá sido una etapa interesante. Habrá empezado a visitar lugares, a conocer gente.

ALBERTO *(sorprendido)*: No, para nada.

BLASI: - ¿No?

ALBERTO *(después de una pausa, mirándolo fijamente)*: El mundo entero me daba rabia, si quiere saberlo. *(Al decir esto, a Alberto se le caen al piso algunos libros que se apresura a recoger)*.

BLASI: - ¡*Babae!* Sí, quería saberlo. Realmente quería saberlo.

ALBERTO *(dudando)*: - Quizá era como si...

BLASI: - Siga. Adelante, hable.

ALBERTO: - Aquella noche regresábamos de una semana en la montaña. Habíamos salido tarde porque en la localidad se celebraba una fiesta. Yo iba sentado detrás con mi

hermanita y estábamos medio dormidos. La carretera era una larga pista de hielo y, no sé cómo, mi padre perdió el control del auto y fue a parar a un barranco, a un costado de la carretera. Recuerdo que volví en mí casi enseguida. Mi madre y mi hermana deben de haber muerto al instante, pero mi padre estaba al volante y todavía respiraba, o al menos así me pareció. Cuando me acerqué a él tuve la impresión de que me miraba pero que no estaba en condiciones de hablar... Yo estaba en shock, me dolía todo, pero pensé que debía hacer algo. Trepé hasta la carretera y traté de detener algún auto; de vez en cuando pasaba alguno, pero eran las dos de la madrugada. Hacía tanto frío. Pero yo pensaba en socorrer a mi padre. Gritaba, hacía señales con los brazos, lloraba, pero nadie se detuvo, durante horas. Nadie. Cuando al fin llegó alguien, era demasiado tarde.

BLASI: - Demasiado tarde. He escuchado antes esa expresión...

ALBERTO: - Después, naturalmente, con el tiempo, me di una explicación.

BLASI: - ¿De veras? ¿Usted logró eso?

ALBERTO: - Sí. En fin, así van las cosas, no hay de qué asombrarse. Era de noche y un niño que grita, con la ropa destrozada, haciendo señales con los brazos en la carretera... podía ser cualquier cosa, ¡un delincuente, un vándalo, un drogadicto! Tampoco yo me habría detenido, por supuesto que no, ni mi padre tampoco, creo.

BLASI (*casi distraídamente*): - Demasiado tarde.

ALBERTO: - No sé por qué le estoy contando estas cosas. Eso pertenece al pasado. No es algo en lo que piense a menudo. Leer y ocuparme de los libros se ha convertido de nuevo en mi ocupación preferida, además de ser mi oficio.

BLASI: - Pero en fin, ¿tiene amigos, intereses, aparte del trabajo? No puedo creer...

ALBERTO: - Salgo poco, veo a poquísima gente. Recuerde que no soy de esta ciudad. Me bastan los libros, que nunca traicionan y, por el momento, paso la mayor parte del tiempo en compañía de ellos.

BLASI: - ¿Todo el día entre páginas impresas?

ALBERTO: - Leer y ordenar me da un gran sentido de paz. Además, adoro estar solo.

BLASI: - Sin embargo, es extraño. Nunca he visto a nadie con un cuerpo como el suyo que pase tanto tiempo entre libros. Usted es ágil, fuerte, además de joven, aún si dice usted lo contrario. Su cuerpo parece hecho para moverse, correr, agitarse. Usted no se ocupa de él, pero quién sabe cuánto sufrirá él aquí encerrado entre estos libros mugrientos.

ALBERTO: - No se preocupe, no están mugrientos, la mayor parte de nuestros libros son muy nuevos.

BLASI: - Claro, porque nadie los consulta.

ALBERTO: - Y de todos modos, a fuerza de cargarlos de aquí para allá uno termina haciendo de paso un buen ejercicio.

BLASI: - También yo he sido toda mi vida lo que se llama un "culo de biblioteca". Durante cuarenta años he tenido la cabeza inclinada sobre los libros, míos o de otros; a mí no me interesaba mirar fuera de mí o por la ventana. Pero usted todavía podría hacerlo. Hay tantas cosas que mirar allá afuera. Hay tanta gente que lo único que pide es... ser vista.

ALBERTO: - Este empleo me gustó también por el lugar. Desde esta ventana hay una vista magnífica, ¿no le parece? Nadie me obligó a venir aquí, pasé las pruebas y me asignaron a esta ciudad. Me daba igual una que otra. Lo importante era encontrar un trabajo tranquilo, poner un poco de orden... (*Blasi ha tomado distraídamente un libro de un estante y Alberto lo vuelve a colocar en su sitio*); pero no hay que seguir hablando de estas cosas.

BLASI: - *Ignoscas rogo*, perdóneme. También yo, al principio, adoraba la compañía de los libros, pero desde que estoy solo y tengo tanto tiempo libre... le he tomado gusto a conocer a mis semejantes, más interesantes que un libro, o por lo menos más de lo que yo hubiese imaginado en el pasado.

ALBERTO: - Pero quizá no se encuentra en el mejor lugar para ese tipo de indagación. Esto no es más que una biblioteca y, por lo demás, desgraciadamente, no demasiado visitada.

BLASI: - No he dicho que la escasez de materiales sea un defecto. A veces eso precisamente favorece la concentración. Pero le ruego que continúe instruyéndome sobre los tesoros de nuestra... ¿me permite que la llame 'nuestra' biblioteca?

ALBERTO: - No es más mía que suya.

BLASI: - De nuestra pequeña biblioteca.

ALBERTO: - Pienso que tiene razón al definirla como pequeña. Tenemos, para ser exactos, 8.786 volúmenes. Apuesto a que usted mismo no tiene un número mayor en casa.

BLASI: - Hubo un tiempo en que, por medio de los libros, habría querido atesorar en mí toda la ciencia del mundo; pero nunca me sentí tan sabio como cuando dejé de leerlos.

ALBERTO: - Sin embargo Rita me ha dicho que incluso ahora usted es uno de nuestros más asiduos visitantes.

BLASI (*vago*): - Ahora vengo aquí a preparar clases. Pero muy rara vez pido un libro. Cierto que al principio la cosa era diferente. Recuerdo bien los buenos tiempos. Un enjambre de muchachos jóvenes que salíamos de todas partes, y por la noche esto se llenaba de trabajadores que veníamos a leer el periódico y a fumarnos un cigarrillo en el jardín antes de regresar a casa... Le aseguro que no era raro no encontrar una sola silla libre.

ALBERTO: - Esos tiempos volverán. Todos serán bienvenidos siempre y cuando respeten los libros y el estudio. Este lugar es para mí como una segunda casa y paso prácticamente todo el día aquí. Intentaré cualquier cosa para que la gente vuelva a visitar este lugar. Tengo planes.

BLASI: - ¿De veras, doctor Roncai? Me complace oírsele decir, me complace que usted tenga planes. Por otra parte, usted es demasiado joven para haber perdido la esperanza.

ALBERTO: - Todo lo que espero es que esta biblioteca funcione bien, que la gente esté contenta del servicio y que vuelva a ocupar esas mesas.

BLASI: - Así será, quizá, si dejaran de tener miedo de andar por esas calles. Allá afuera, en el parque y en otras partes parece haberse desencadenado una especie de... guerra.

ALBERTO: - ¿A qué se refiere?

BLASI: - A la violencia que se cierne desde hace meses sobre las calles de nuestra ciudad. Violaciones, robo...droga. Hay gente muy desesperada y que parece que no se le ocurre nada mejor que hacer infelices a otras personas. Y la mayor parte de nosotros estamos en la ventana, mirando. Hay quien ya ni siquiera mira.

ALBERTO: - Lo que pasa allá afuera no es asunto mío. También yo veo que habría que hacer algo, pero para eso hay leyes y gente encargada de hacerlas respetar. Acá tengo ya mis propios problemas. Bien, si ya no me necesita para darle informaciones sobre algunos libros...

BLASI: - No, gracias, estoy aquí porque todavía me queda una clase por preparar.

ALBERTO: - ¿Una clase? Yo creía que ya usted no...

BLASI: - Oh, no es nada importante. Estamos a fin de curso y todavía tengo que terminar el recorrido, darle, por así decir, un sentido.

ALBERTO: - ¿La clase es mañana?

BLASI: - No, mañana no. (*Vago*) Dentro de unos días, a fines de esta semana. Es una pesadez, una formalidad, de cierta forma. Ya los estudiantes corren en enjambre a estirarse a orillas del río para disfrutar del sol y el aire libre. Allá es muy hermoso, sabe. Incluso usted podría ir con ellos una que otra vez.

ALBERTO: - Es que no soy tan joven, ya se lo dije.

BLASI: - A mis ojos, usted no es mayor que cualquiera de mis alumnos. Es más, usted me recuerda a uno de ellos...

ALBERTO: - No será a aquel que hablaba fluidamente en latín, supongo.

BLASI: - No, no. A otro. A uno que ahora no logro recordar. *Memoria vacillat...*

ALBERTO: - Pero la mía no. No he sido alumno suyo, se lo aseguro, de lo contrario me acordaría. Y ahora, si me permite, debo seguir con mi trabajo.

BLASI: - Cierto, ¡*recte!* Yo seguiré con el mío.

(Alberto se pone a examinar su lista de libros faltantes y Blasi se inclina sobre sus hojas).

ALBERTO: - Así que D 38, D 47...

(Alberto apila una serie de libros mientras escribe algo en el registro y musita números en voz baja).

El profesor escribe en sus hojas y, después, una a una las va arrojando al piso, insatisfecho de lo que ha escrito).

BLASI *(imaginando que habla con sus alumnos):* - Una lengua que ya no se habla, que ya nadie habla, que nadie por los caminos del mundo comprende. Dicen que estudiar latín sirve para entender mejor los tiempos que corren. Pero yo no he logrado convencerlos de eso ¿cierto? La duda es el inicio de la sabiduría... bueno, ya eso lo habíamos dicho. Quizá el latín no sirva para nada. ¿Pero para qué sirven Miguel Ángel o Mozart? Quizá nada sirve para nada. El latín es una lengua hecha de cosas, no de palabras, es una lengua seria, que elimina lo superfluo... Es por eso que... Pero estáis cansados de oír las reprimendas de un viejo gagá, ¿cierto? Es una pena porque sólo ahora me doy cuenta de que no es de declinaciones que quería hablarles, hubiera querido hablarles, cómo decirlo, *amnem iungere*, sí, hubiera querido ser para ustedes una especie de puente, un puente tendido entre los dos márgenes de un río, entre ustedes y yo. Un puente hecho de conocimiento, de respeto... *Omnes mortales amari cupiunt*, ¿entienden? Todos, en el fondo, tienen necesidad de amor. Es todo lo otro, todo lo otro lo que no sirve para nada... Incluso ¿por qué no? el latín puede hacerlos portadores de amor. ¿Lo entiendes al menos tú? Sí lo has entendido, entonces ojalá quieras explicármelo, porque ahora soy yo, yo el que ya no sé nada, no sé...

ALBERTO: - ¡Profesor, profesor Blasi!

BLASI (*como despertándose*): - Está bien, está bien, sólo un momento más de atención y considero que tienen que intervenir seriamente a fin de que los horarios del 23 sean respetados. Hay tanta gente esperando a pleno sol una micro que no llega nunca, nunca. Aprovecho la ocasión para saludarlo y quedo de usted atentamente, *et coetera, et coetera*.
Bueno.

(*Blasi cierra el portafolio, lo acaricia con el puño, con la mirada perdida en el vacío. Mientras, Alberto cierra la ventana de la biblioteca, no sin antes echar un vistazo hacia afuera*).

ALBERTO: - ¡Profesor Blasi!

BLASI: - Ah... ¿qué pasa?

ALBERTO: - Son las nueve y media. Se cierra la biblioteca.

BLASI: - ¿Las nueve y media? ¿Del día o de la noche?

ALBERTO: - Tengo que cerrar.

BLASI: - ¿Seguro? Todavía no he...

ALBERTO: - Faltan 97 libros, ¿sabe? Han desaparecido 97 volúmenes de la biblioteca. Recoja sus cosas, por favor.

BLASI (*moviéndose lentamente*): - Los habrán pedido prestados para alguna investigación inútil.

ALBERTO: - No, son libros desaparecidos o robados.

BLASI: - En otro tiempo los habría entendido, pero ahora creo que son todos una partida de cretinos. A menos que los vendan. (*Trata de encender un habano.*)

ALBERTO: - Dios mío, ¿qué está haciendo?

BLASI: - Estoy intentando, sin éxito, encender este habano.

ALBERTO: - Dios mío, profesor, apáguelo inmediatamente.

BLASI: - ¡Pero si todavía no he logrado encenderlo!

ALBERTO: - ¿Se da cuenta de dónde estamos?

BLASI: - Sí, por desgracia. En una ciudad vacía, sofocada por el calor.

ALBERTO: - ¡En una biblioteca! Una biblioteca pública.

BLASI: - Tiene razón, debería haberle preguntado antes si no le molestaba el humo. Ya había notado que usted no fuma.

ALBERTO: - No se trata de si me molesta o no el humo. ¿Cómo puede pensar que se pueda fumar en un lugar como este? Aquí hay miles de libros que se convertirían en humo en unos segundos. ¿Se da cuenta del daño?

BLASI: - Bueno, en África dicen que cuando muere un viejo es como si se quemase un biblioteca entera. En este momento, si no fumo un habano, me muero. ¿Qué prefiere?

ALBERTO: - No me haga esas preguntas, por favor. Me extraña de usted profesor, que es un hombre de cultura.

BLASI: - *Tritum verbum*. Si es posible, ahórreme los lugares comunes.

ALBERTO: - Está bien. Pero le ruego entregarme inmediatamente ese habano.

BLASI: - No tiene que extrañarse de nada porque en realidad usted no me conoce en lo absoluto. Y yo no lo conozco a usted. Y puede que conocerlo mejor me gustaría tanto como fumarme un habano. (*Dándole el habano a Ronca*) Mientras tanto, he aquí el *nicotianum bacillum*.

ALBERTO (*tomando el habano y arrojándolo a un cesto*): Primero, quizá, debería haberme preguntado mi opinión. Sobre el habano y todo lo demás, quiero decir. No quiero ser severo... También yo fumaba mucho, hace muchísimos años. Mi padre se ponía furioso cuando me veía.

BLASI: - Si yo fuese su padre ahora no me pondría furioso. Juro que no volvería a enfadarme, hiciera usted lo que hiciera.

ALBERTO: - Sólo que ahora no fumo. He descubierto que me hace daño y que le hace daño a los libros.

BLASI: - Lo suyo es sólo la mala leche de los fumadores arrepentidos.

ALBERTO: - ¡Nada que ver! Me limito a hacer respetar las reglas. Para algo han de servir, ¿no? Para... estabilizar las relaciones.

BLASI: - O para mantener las distancias.

ALBERTO: - Aquí no se fuma, está prohibido. Ni siquiera estando solos usted y yo. Fuera de aquí puede fumar todo lo que quiera, le aseguro que no seré yo quien se lo impida.

BLASI: - Es extraño que usted no se preocupe de uno de sus más asiduos clientes. No me parece que detrás de aquella puerta la gente esté haciendo cola para entrar.

ALBERTO: - No es mi culpa si la gente prefiere pasar el tiempo en otra parte en vez de leer e instruirse.

BLASI: - Yo no sería tan severo. Dentro de poco tiempo tampoco habrá libros. Todo estará en microfilmes, videos, computadoras. Los lugares como este se volverán piezas arqueológicas. (*Acercándose*) ¿Quiere convertirse también usted en una pieza de museo como yo, jovencito?

ALBERTO: - Lo que quiero o dejo de querer no es de su incumbencia. Mientras haya libros, mi empleo existirá. Mientras sea necesario alguien que los mantenga en orden, no tendré nada que temer.

BLASI: - Temer, imagínate. Usted no está hablando de su empleo, ¿verdad? Usted se refiere a otra cosa... más personal. Pero no hay nada que temer estando yo aquí. (*Trata de acercarse un poco más a Alberto.*)

ALBERTO: - Debo cerrar. Tenga la bondad de recoger sus cosas.

BLASI: - Cierto, cierto. Ya está. Enseguida me voy.

ALBERTO: - Agradecido.

BLASI: - Bueno, pues... *Salve aunque vale.*

ALBERTO: - ¿Cómo?

BLASI: - Dije adiós. O mejor dicho, ¿por qué adiós? Digámonos sólo Bueno. Hasta la vista.

ALBERTO: - Hasta la vista.

(Al retirarse, Blasi hace caer, quizá a propósito, un libro de un estante; Alberto, con gesto lento y la mirada vuelta hacia la puerta por la que ha salido Blasi, pone el libro en su lugar. Por unos instantes permanece inmóvil, pensativo.)

(oscuro)

ACTO II

(Mismo escenario que en el primer acto. Es muy visible el trabajo llevado a cabo por Alberto. El orden en las mesas y en la estantería ha ido en aumento.)

ALBERTO *(hablándole a Rita, que se encuentra a un lado de la habitación):* - Faltan... 97 libros. Es una cantidad enorme, si tenemos en cuenta la actual escasez de lectores. No entiendo por qué lo hacen, sabiendo que pueden pedirlos prestados. ¿Es tan difícil entender que también están los demás? Pondré carteles para invitar a la gente a respetar los bienes de la comunidad. Lo haré, aunque sé que no servirá de mucho. Pero por lo menos hay que establecer las reglas. Vamos a cambiar los letreros de todos los estantes, la mayor parte está prácticamente ilegible. Haré fotocopias del nuevo reglamento... Después, habrá que inventar algo para que la gente vuelva a la biblioteca. Teniendo en cuenta que no somos todos como ese tipo, Blasi. Fue un error haber conversado el primer día. Ese viejo me pone nervioso. Algunas veces, mientras estudia sus apuntes, se pone a escribir y a farfullar en latín. Otras, se sienta en aquella mesa en silencio y sólo me mira. Me mira.

(Entra Rita).

RITA: - Ya arreglé las etiquetas.

ALBERTO: - Magnífico, gracias.

RITA: - ¿Le gustan?

ALBERTO: - Están muy bonitas. Y, sobre todo, escritas con caligrafía clara.

RITA: - Menos mal. Pero usted sabe que yo no debería estar haciendo esto, ¿verdad?

ALBERTO: - El reglamento prevé que, en caso de necesidad, usted asuma funciones superiores a su categoría.

RITA: - Usted tiene fijación con los reglamentos. Yo no ando con formalismos. Antes he tenido también que trabajar en su cargo, sólo que hay formas y formas de pedir las cosas.

ALBERTO: - ¿Tiene idea de quién puede haber robado todos esos libros?

RITA: - En realidad, no. Claro que cualquiera puede colarse por una de esas ventanas, por ejemplo. Por cierto, esta noche se produjo otra agresión. Me lo dijo la señora Cassani. ¿La conoce? [*Pausa, con tono indagatorio.*] La señora Cassani tiene una sobrina. Que tenía un novio.

ALBERTO: - ¿La señora o la sobrina?

RITA: - ¡La sobrina!

ALBERTO: - ¿La sobrina?

RITA: - Así es...

ALBERTO: - No, nunca he oído hablar de la señora Cassani ni de su sobrina.

RITA (*casi decepcionada*): - Bueno, la cosa es que me dijo que esta noche sucedió otra cosa. Un viejo fue agredido por una pandilla para robarle.

ALBERTO: - No sé absolutamente nada de eso. Ayer por la noche salí tardísimo y esta mañana a las siete ya estaba aquí.

RITA: - Dios mío, ¿a las siete? ¿Y para hacer qué?

ALBERTO: - Es que había mucho polvo en aquellos estantes. Fíjese, no la estoy acusando de nada. No es fácil verlo, y a mí me gusta trabajar en un lugar limpio.

RITA (*mirando hacia afuera por la ventana*): - De todas maneras parece que el viejo se resistió y los tipos lo golpearon hasta hacerlo sangrar. Pobre hombre, evidentemente a esa hora no pasaba nadie por allí.

ALBERTO: - Pero si hubiera habido alguien probablemente habría seguido de largo fingiendo que no pasaba nada. Nadie se preocupa por nadie. Es como todos obramos habitualmente.

RITA: - Eso mismo decía el profesor hace un tiempo.

ALBERTO: - ¿Blasi, dice?

RITA: - Ahora que lo pienso, ¿no será él el viejo de la historia? ¿No me dijo usted que suele quedarse aquí hasta tarde?

ALBERTO: - Lamentablemente.

RITA: - Lo voy a llamar a la casa para saber si está bien. En la ficha está su número de teléfono, ¿no?

ALBERTO: - Esa no es una llamada de trabajo.

RITA: - Ay, mire, yo la pago, si quiere.

[**ALBERTO duda.**]

ALBERTO: - Está bien, pero dése prisa. No entra en nuestras funciones informarnos sobre la salud de los lectores.

(RITA marca el número).

RITA: - No responde nadie. Esperemos que esté bien.

ALBERTO: - ¿Qué le va a haber pasado a ese viejo loco? *(Después de una pausa, más amable)* Inténtelo más tarde si quiere.

RITA: - Pobre profesor, me da tanta pena, ahora que hasta se le murió la esposa. Hace muchos años al hijo lo encontraron muerto aquí, en este parque, con la cara contra las flores.

ALBERTO: - Lo sé y lo siento, pero no es el primero. Esta ciudad está llena de drogadictos y la mayor parte, al parecer, merodean por esta zona.

RITA: - Además, también era alumno suyo. Pero el hijo no era un gran estudiante. Imagínese que un año el propio padre lo hizo expulsar de la escuela, ¿se da cuenta? A su propio hijo. No se llevaban bien porque él era muy severo. Entonces un día el muchacho se fue de la casa y empezó a... pincharse.

ALBERTO *(ordenando alguna de las cajas de revistas):* - Todos tenemos nuestros problemas, pero por ningún motivo tiene que mezclar en eso a los demás. Además, no sirve de nada. En definitiva, no entiendo qué viene a hacer aquí casi todos los días. Ni

siquiera lee los periódicos. Lo único que hace es escribir en esas hojitas, hablar solo y tratar de... establecer contacto.

RITA: - ¿En qué sentido?

ALBERTO: - En el sentido de conversar. Me estudia. Me vigila como si... como si fuera uno de sus estudiantes. Me gustaría que se sentara a una mesa a leer un libro, pero parece que nuestros libros no le interesan mucho. Al contrario.

RITA: - Antes era un gran estudioso, y eso era lo único que le interesaba. He oído decir que era capaz de aterrorizar a los cabros con solo mirarlos si descubría que no habían preparado una regla de latín. Pero ahora que está viejo y jubilado ha cambiado muchísimo.

ALBERTO: - ¿Está segura que está jubilado? A mí me dijo que esta preparando clases.

RITA: - Estaría feliz de verlo llegar esta tarde.

ALBERTO: - Este parque es realmente una corte de los milagros. Nunca he visto tantos locos. Ayer había algunos durmiendo frente del edificio, no entiendo cómo hacen para entrar en el parque de noche.

RITA: - La cerca está llena de huecos por todas partes así que es fácil colarse. Grimoldi quería que se los llevaran presos a todos o que los devolvieran a sus lugares de origen. ¿Es posible fingir que uno no ve lo que sucede en su casa o lo que pasa allá afuera? ¿Qué opina usted?

ALBERTO: - ¿Yo? ¿Qué tengo yo que ver con eso? No opino nada, ¿por qué me lo pregunta?

RITA: - Sólo estaba tratando de conversar.

ALBERTO: - Yo creo que eso no es asunto nuestro. Tenemos bastante que hacer aquí adentro, ¿no cree? Y estamos haciendo un buen trabajo. Pero voy a hablar con las autoridades de la Central. La seguridad del parque es la seguridad de nuestra biblioteca.

RITA: - Hace un montón de tiempo que ya yo no lo atravieso. Tomo el puente del Recuerdo y después bordeo el parque hasta el ingreso lateral. ¿Y usted?

ALBERTO: - No yo detesto ese puente. Es demasiado sucio y bullicioso.

RITA: - ¿Sabe que lo construyó el tío del profesor?

ALBERTO: - No, sólo sé que a cada rato murmura entre dientes algo de riveras y de puentes entre las personas. *(Pausa)*. Perfecto, también este registro está en su sitio.

RITA: - Don Alberto, ¿a usted no le gusta hacer otra cosa?

ALBERTO: - Ya hago lo que me gusta.

RITA: - Pero un joven como usted tendrá otros intereses, más allá de los inventarios y poner en orden.

ALBERTO: - Usted no entiende. Sin nuestro trabajo los libros estarían amontonados como fuera, sin método ni criterio, y nadie podría encontrar nada. Así más vale no tener libros. Lo que nosotros hacemos aquí permite dar un sentido a todo lo que usted ve. Un sentido que de otro modo, se perdería y... *(Interrumpiéndose)*

RITA: - ¿Cómo?

(Entra Blasi)

RITA: - Ay, buenos días, profesor. Me alegro de verlo.

BLASI: - Yo también querida, yo también.

RITA: - Hoy no hay periódicos. Huelga de los poligráficos, creo.

BLASI: - Oh, *lacrimae rerum*, la tristeza de las cosas humanas es algo que conocemos bien, sin que tengan que recordárnosla continuamente.

RITA: - Ah, bueno, entonces sólo vino a hacer una visita.

BLASI: - Vengo a preparar clases, como siempre.

RITA: - Entonces, todavía tiene estudiantes.

BLASI: - *Docendo discitur*, enseñando se aprende. Y quiero que esta última clase sea una clase nueva, diferente a las habituales. Tengo que pensarla bien. Naturalmente está también el joven Alberto *(A Roncai)*. Usted está aquí mañana, tarde y noche...

ALBERTO: - Bueno, es que trabajo aquí, por si acaso lo ha olvidado.

BLASI: - Bien, puesto que está trabajando búsqieme estos libros. *Cartas a Lucilio* de Séneca y también las *Epistulae* de Plinio el Joven. Me sirven para mi trabajo.

RITA: - Yo se los traigo.

(Rita busca en los estantes).

BLASI: - *Gratias ago maximas.*

ALBERTO (*a Rita, revisando un catálogo*): - Aquí hay mucha gente que no ha devuelto los libros que se le prestaron.

RITA: - Eso sucede a menudo. Por lo general, la señora directora los llamaba por teléfono.

ALBERTO: - No sería mala idea mandarles una carta. Es más eficaz... y oficial. Abate, Bartoli, Blasi... ¡Blasi!

BLASI: - Presente.

ALBERTO: - Por lo que dice aquí el profesor Blasi tiene una edición de las obras de Virgilio que todavía no ha devuelto. El préstamo caducó hace once días.

BLASI: - *Non nego hoc verum esse.*

ALBERTO: - ¿Cómo dice?

BLASI: - He dicho que podría ser, ¿acaso no entiende cuando le hablo?

ALBERTO: - Entonces lo tiene ¿verdad?

BLASI: - No está descartado, miraré.

ALBERTO: - ¿Tendría la amabilidad de hacer algo más que mirar? Aprovecho su presencia para decírselo personalmente. Así evito mandarle una carta.

BLASI: - Escíbame, si quiere. Será un placer recibir unas líneas tuyas y saber que se encuentra bien.

ALBERTO: - Por Dios, esto es ridículo.

RITA: - ¿Qué pasa, doctor?

ALBERTO: - En esta ficha han escrito Virgilio con j. ¡Virjilio! Aparte de que los escritores latinos deberían estar inscritos por su nombre en latín, como en las grandes bibliotecas... pero por lo menos que el nombre en italiano esté correcto.

RITA: - Bueno, no creo que tengamos muchos de Virgilio, ¿verdad? Es imposible confundirse. La Odisea siempre va a seguir siendo suya.

(Tomando los libros para Blasi).

ALBERTO: - Señora, ¿por qué no se va para allá a terminar ese trabajo? Mejor yo sigo aquí.

RITA: - ¡Pues nunca nadie se ha quejado de mí! Aquí están sus libros profesor.

(Rita se marcha a la habitación de al lado).

BLASI: - Rita tiene razón. ¿Qué le importa como haya escrito el nombre de un autor inútil?

ALBERTO: - Según usted ¿Virgilio es inútil?

BLASI: - Veamos, por ejemplo... Aquí está, *Nulla salus bello*. No hay salvación en la guerra. Eneida, libro decimoprimer. Hojeé uno de sus periódicos. ¿Le parece que está de moda actualmente el pensamiento de Virgilio, con o sin J?

ALBERTO: - Ese no es el punto. Yo sólo quiero poner a la gente en condiciones de consultar los libros de él. Y de encontrarlos. Y para encontrarlos es necesario que en la ficha su nombre esté escrito como es debido.

BLASI: - ¡Qué buen muchacho! En otro tiempo a uno como usted le habría puesto un nueve en conducta. Pero hoy lo reprobaría y lo haría repetir el año sin misericordia.

ALBERTO: - El problema es que terminé la escuela hace mucho.

BLASI *(hojeando los libros):* - Eso, querido, es usted quien lo dice.

ALBERTO: - Le ruego que trate bien los libros. Son de propiedad pública.

BLASI: - A usted le interesa más ver si Plinio está escrito con P, con D o con doble W. Esa sí es una tarea vital.

ALBERTO: - Usted no quiere entender. No se trata del hecho de que usted o cualquier otro perciba el error. Yo lo he visto, sé cómo se escribe y sé que este trabajo, si se lo quiere hacer bien, hay que hacerlo con precisión.

BLASI: - La precisión me importa un cuerno. Si tuviera que volver a nacer lo único que pediría es cometer más errores. Claro... de diversa naturaleza.

ALBERTO: - Me voy de aquí. Hoy no tengo tiempo para estas discusiones. Si me necesita... llámeme.

BLASI: - Yo no necesito a nadie. Igual que usted.

(Alberto sale).

BLASI *(leyendo algo en el libro que tiene en la mano):* - "No existe un libro tan malo como para no ser útil en algún punto". Plinio a veces pienso que tu nombre se escribe con la A de aweonao.

(Tira el libro al piso. En ese momento llega Grimoldí que recoge el libro y lo vuelve a poner sobre la mesa de Blasi).

GRIMOLDI: - Creo que se le cayó esto.

BLASI: - Gracias. Déjelo en el piso.

GRIMOLDI *(poniéndolo en la mesa del Director):* - Si lo ve Roncai... ¿Tan malo es ese libro? *Epistulae*, de Plinio el joven. Pensaba que este género de lectura era de su agrado.

BLASI: - ¿Tiene para encender por casualidad? Nunca llevo fósforos.

GRIMOLDI *(sacando un encendedor):* - ¿Usted pretende fumar acá adentro?

BLASI: - ¿Le molesta?

GRIMOLDI: - No, si me ofrece uno a mí. Pero no sé qué dirá el joven Director, tan apegado a las reglas. Un tipo simpático, ¿verdad?

(Cada uno enciende su cigarrillo).

BLASI: - Ante la duda, me abstengo.

GRIMOLDI: - Pero demasiado serio a veces. Demasiado, para su edad. Imagínese que por un momento tuve la idea de invitarlo al programa, como ejemplo de dedicación al trabajo y bla bla, pero...

BLASI: - ¿Ya no le parece tan telegénico?

GRIMOLDI: - Exacto, ¡tiene una expresión tan triste! y en televisión, con esa cara de pocos amigos, me temo que no va a calzar... También el video tiene sus reglas. A propósito vine a devolver este libro ¿no hay nadie?

BLASI: - *Neuter*. Están allí, en las habitaciones secretas.

GRIMOLDI: - ¿Y qué están haciendo?

BLASI: - Quemando lo que no veremos nunca. Revistas porno, comics, panfletos revolucionarios.

GRIMOLDI (*Riendo*): - No se puede hablar en serio con usted. Le ruego que me perdone... la impertinencia. Yo en verdad lo encuentro a usted muy simpático, pero quizás en un bar o en una asociación se sentiría más a sus anchas, si lo que necesita es sólo pasar el tiempo.

BLASI: - ¿Pasar el tiempo? He pasado cuarenta años en bibliotecas, estimado señor. Estudiando, escribiendo libros también yo, convencido de que eran imprescindibles y convencido de que pasarían a la historia, y yo con ellos. Sin embargo, ahora sé que aquí, créame, no hay nada que de verdad sirva para algo, Cicerón, Leibniz o Víctor Hugo. Nada. Es una pretensión loca, diabólica, pensar que uno tiene algo que decir, algo que comunicar, algo que enseñar a los demás. Pero yo, a mi edad, difícilmente voy a cambiar. Y, además, ¿dónde quiere que vaya? ¿A un bar? Me molesta el humo, el de los otros.

GRIMOLDI: - ¿Pero no era usted profesor?

BLASI: - Un feo vicio que cultivé y que no se puede abandonar fácilmente.

GRIMOLDI: - ¿Qué enseñaba y cómo, si pensaba así?

BLASI: - *Te totum ad tua confer. O, más largo, nihil nisi rem tuam animadvertite.* ¿Entendió algo?

GRIMOLDI: - A decir verdad, no.

BLASI: - Fíjese, amigo mío, los latinos con el latín no sólo hacían leyes o poesía. Decían frases cotidianas.

GRIMOLDI: - No lo pongo en duda. ¿Pero qué significa?

BLASI: - Métete en lo tuyo. Mejor dicho, *usted* piense en los suyos. El latín era una lengua democrática, trataba de tú a todo el mundo, incluso a Augusto.

GRIMOLDI: - Su resentimiento hacia los libros es de veras extraño. Una vez un invitado a mi programa dijo que para Kafka un libro es como un hacha que sirve para romper ese mar helado que tenemos dentro...

BLASI: - ¿Y qué cosa sería ese mar?

GRIMOLDI: - Imagino que se referiría al mar de la ignorancia. Piense cuántos tesoros, cuántas enseñanzas hay aquí dentro que pueden ayudar a superar nuestra rudeza.

BLASI: - La frase es bella, no lo niego. Pero usted sigue hablando de enseñanzas y yo no creo que Kafka se refiriera a eso. ¿Conoce las vidas de muchos de esos que pretendían enseñar algo? Séneca, San Agustín, Rousseau... Esa gente vivió la vida de manera muy distinta a como pretendía que los demás la vivieran. Y de qué vale la enseñanza confiada a las palabras de un libro si no se expresa con la realidad de la propia vida... (*En voz baja*)
Magis movent exempla quam verba.

GRIMOLDI: - ¿Tampoco las palabras tuyas? Sé que estos estantes guardan también obras escritas por usted.

BLASI: - Nunca he dicho que yo sea un santo. Si lo fuera, usted probablemente habría escrito un libro sobre mí.

GRIMOLDI: - Ah, ¿así que sabe que he escrito un libro de ese género?

BLASI: - Las malas noticias corren rápido. Y estos estantes hablan, ¿sabe? Sobre todo cuando temen que otro libro inútil esté a punto de caer sobre su pobre madera.

GRIMOLDI: - Le agradezco la confianza.

BLASI: - No lo digo por usted. Por el hecho de haber soportado los míos han llorado durante años. ¿De veras era tan especial la personita sobre la que escribió?

GRIMOLDI: - Usted mismo lo dijo. Hay que dar el ejemplo con la propia vida. La Mastalli era una analfabeta y, sin embargo, fue capaz de un gesto heroico. Yo creo que en un momento como este, cuando se han perdido los valores y los referentes, el sacrificio de Cecilia es un poderoso ejemplo de aquella solidaridad que tanto nos falta... A propósito de faltar, me falta un buen título para mi libro, ¿por casualidad tiene alguna buena frase que me pudiera proponer?

BLASI: - ¿Buena frase? Déjeme pensar. ¡Ya sé!, podría titularlo...

(Entra Rita).

RITA: - Ah, señor Grimoldi.

GRIMOLDI: - Buenos días, Rita. Vine a devolverle este libro que me prestó.

RITA: - Ah sí, la novelita policíaca. ¿Sabe profesor que el señor Grimoldi está terminando un libro? Me prometió que me iba a regalar un ejemplar.

(Entra Alberto).

GRIMOLDI (*apagando apresuradamente el cigarrillo*): - Oh, aquí llega nuestro joven Director.

ALBERTO (*sintiendo olor a humo*): - Si no le molesta abro la ventana. Buenos días. ¿Hay algo más en nuestra biblioteca que pueda serle útil?

GRIMOLDI: - Me hubiera gustado poder leer los periódicos pero están en huelga. Devolví ese libro. Creo que hoy vence el plazo del préstamo.

ALBERTO: - Agradezco mucho su puntualidad. Desgraciadamente, no todos son como usted.

BLASI (*a Rita, tomando una revista*): - ¿Podría prestarme un lápiz? Quiero terminar un crucigrama.

RITA: - Tenga.

GRIMOLDI: - Espero que pronto haya personas que pidan en préstamo mi libro. Tenemos la idea de presentarlo en el Círculo de la Prensa. Sólo me falta un buen título, uno que venda. Si se le ocurre algo interesante llámeme. Bien, los dejo. Buenos días.

RITA: - Hasta luego.

(Grimoldi sale).

ALBERTO: Rita, ahora ocupémonos de fichar estas pocas revistas. Primero hay que escribir aquí el nombre de las revistas. El nombre tiene que caber en este espacio, ¿ve? Esta revista, por ejemplo, tiene diez letras.

BLASI (*inclinándose sobre su revista*): - Cómo que diez. Seis nada más. Ausencia de pasiones. Bien, pidámosle ayuda a nuestra prima, la lengua griega.

ALBERTO: - Aquí escribimos horizontalmente el número de la revista.

BLASI: - *Apatía*. Perfecto. Ahora veamos el 9 vertical.

ALBERTO: - Y se escribe verticalmente el año.

BLASI: - Primordial estado de desorden. Primordial... Cuatro letras.

RITA: - Pero ni siquiera tenemos una.

ALBERTO: - Le voy a enseñar cómo se hace.

BLASI: - Ya está. ¡*Caos!*

(Alberto comprende lo que está haciendo Blasi).

ALBERTO: - ¿Cómo?

BLASI: - *Caos*. 9 vertical. *Caos*. Ya está, terminé.

ALBERTO: - Ese es un ejemplar de la biblioteca, sin duda.

BLASI: - Por supuesto, yo nunca compraría semejante revista de cuarta.

ALBERTO: - Y usted está haciendo el crucigrama de nuestro semanario propiedad de la biblioteca.

BLASI: - En realidad ya lo terminé, le dije.

ALBERTO: - Esa revista es propiedad pública. Pásemela. Por lo menos tuvo el buen gusto de hacerlo con lápiz mina. Ahora tendré que perder por lo menos veinte minutos borrando lo que usted escribió.

BLASI: - ¿Por qué no emplea ese tiempo en otra cosa?

ALBERTO: - ¡Para que la página esté limpia! Para que el que quiera ejercitarse... mentalmente. *(quitándole la revista al profesor)*.

BLASI: - Deje por lo menos el 13 vertical. Estoy seguro que todo el mundo va a tener problemas con esa definición.

ALBERTO: - Aquí el que crea problemas es usted. Dígame una cosa, ¿por qué... no se queda sentado en su silla como todos? Le ruego que, mientras permanezca aquí, se comporte como es debido, ¿entendió?

BLASI *(choqueado por el tono rudo de Roncai, casi asustado)*: - Sí, tiene razón en gritarme, quizá me merezco hasta una nota. Me equivoqué y estoy dando un mal ejemplo. *(Alejándose)*. Tiene razón, tiene razón usted. Esta no es la manera de lograr que te intereses en las clases. Debo pensar, debo pensar bien esto. Yo soy el educador y... debo encontrar otra manera. Otra manera de atraerte. Lo que pasa es que no es fácil, no, no es fácil. Pero esta vez no me voy a equivocar, esta vez no, porque lo hago por mí, por mí...

RITA: - Venga, venga conmigo, profesor...

(Blasi se va, acompañado de Rita).

(Alberto rompe furiosamente la revista. Oscuro. Luz sólo sobre Alberto).

ALBERTO: - Ese tipo lo hace a propósito, no me cabe la menor duda. ¿Pero qué quiere de mí? Hice mal en darle confianza el primer día, pero creía que todo iba a terminar ahí. *(Refiriéndose a la revista)* Volveré a comprarla. Por lo demás, el que rompe un libro o un

periódico está obligado a comprarlo y reponerlo. Lo importante es que toda la gente y todas las cosas estén en su lugar. Eso por lo menos. No pido otra cosa y es lo único que puedo ofrecer. Es lo único que pido. Pero en vista de que hay que estar juntos atengámonos a las reglas. Es eso lo que importa. Ya hice de nuevo las etiquetas para los estantes donde estarán las revistas. Siempre las podrán encontrar ahí, de ahora en adelante, en su puesto. Lo único que les pido por favor es que respeten las reglas. Por lo demás, también trato de hacerlo yo. Eso da mucha seguridad, profesor, cuando ya uno no se siente seguro de nada, cuando ya uno no sabe cómo moverse. Es indispensable aferrarse a lo que puede verse.

(Se siente un ruido de cristales rotos).

(Alberto se acerca a la ventana).

(De nuevo luz. Es otro día. Entra Rita).

RITA: - Ya está. Terminé. Sacudí bien todos los libros, uno por uno. He vuelto a escribir aquí el número de inventario.

ALBERTO: - Bien.

RITA: - ¿Entonces?

ALBERTO: - Entonces nada.

RITA: - ¿Cómo que nada?

ALBERTO: - Acabo de telefonar al Director. Dice que se comunicarán conmigo, que no sabe si hay fondos para estas cosas.

RITA: - Actualmente no hay fondos para nada.

ALBERTO: - Estoy dispuesto a renunciar a la computadora e incluso a los libros nuevos con tal de tener la certeza de que nuestros lectores y nuestros libros estarán seguros. Ya han roto dos cristales con las piedras.

RITA: - No creo que entren nunca acá adentro. Saben bien que no hay nada que robar.

ALBERTO: - Pedir que les pongan rejas a las ventanas y refuercen la puerta de ingreso no me parece una pretensión absurda. Esto es un lugar público. Y aparte de las agresiones, ya no resisto la idea de volver a encontrar otra jeringuilla cerca de la puerta. Es insoportable, ¡que vayan a morirse a otra parte! B15, B18...

(Alberto y Rita continúan en sus tareas).

(Entra Blasi con unas flores en la mano).

BLASI: - ¡Cuántas flores crecen en estos prados! ¿Qué estaba pensando yo, que antes nunca las vi? Catulo, Horacio, Virgilio... Cuántas horas pasadas con vuestros poemas sin mirar alrededor mío, sin mirar nunca por la ventana. *Leges. Labor.* Y no había tiempo, nunca había tiempo. Pero no era culpa de ellos, era yo el que no entendía... que la poesía que cuenta es la que se vive, la que se ve... Marcial tiene razón: No es de sabios decir: viviré. Demasiado lejos está esa vida: vive hoy. Lo que le sucede a los otros me sucede a mí mismo. A mí mismo. ¿Fue él el que lo dijo? ¿O fue mi tío, el ingeniero? ¿O fue Virgilio con G...? Quizá logren comprenderme, quizá *tú* logres comprenderme... ¿Cuánto sacaste en latín? Bah, no importa, esta vez cambiaré yo para después hacerte cambiar a ti. Debo hacerlo porque yo siempre soy el profesor, acuérdate. El otro día no lograba conciliar el sueño, te imaginaba tendido ahí, completamente solo; entonces me tomé unas copas y me quedé dormido... Tú sabes, cualquier cosa sirve para dormir un poco por la noche porque durante el sueño nadie puede hacer daño, nadie, y entonces podemos hablar todavía un poco, hablar de nosotros, de... Es decir, si no es demasiado tarde, si todavía puedo hablarte, entonces yo quisiera...

(Rita percibe a Blasi).

RITA: - Ah, profesor, está ahí. Pensaba que se pasaría un tiempo sin venir.

ALBERTO: - Me pregunto qué mierda viene a hacer siempre por estos lados. Se ha creído que este lugar es un asilo. Volvamos a las revistas.

RITA: - Voy a preguntarle si necesita algo. *(Acercándose a Blasi).* Profesor.

BLASI (*entregándole las flores*): - Buenos días, Rita. Esto es para usted.

RITA: - Qué amable. (*Recogiendo sus cosas*) Ahora me tengo que ir pero si necesita algo, pídaselo directamente al Director. (*Se aleja.*) Y usted no se quede hasta tarde también hoy, por favor. Ya ha hecho mucho. Nunca esta biblioteca había estado tan limpia y ordenada. De veras es un pecado que ya casi no venga nadie.

ALBERTO: - Adiós, Rita.

(Rita se va. Alberto, después de unos instantes, se levanta para comprobar la solidez de la puerta y de las ventanas).

(Blasi recita algo y después, llamando la atención de Alberto, se dirige a él).

BLASI: - Oye, chiquillo.

ALBERTO: - ¿Qué quiere conmigo?

BLASI: - ¿Se puede saber qué haces inclinado de ese modo?

(Alberto no responde y sigue en su tarea de reconocimiento).

BLASI: - ¿Qué pasa? ¿Te comieron la lengua los ratones? ¿Quieres que te ponga un lindo cinco en conducta? Mira que todavía soy capaz, eh.

ALBERTO: - Yo soy Roncai. Y esta es una biblioteca, no un manicomio, ¿entendió? Aunque yo ya no esté tan seguro.

BLASI (*volviendo en sí*): - Ah, sí, cierto. ¿Qué está haciendo?

ALBERTO: - Compruebo la seguridad de los accesos. Ayer por la noche hubo otra agresión y esta mañana he encontrado a dos drogadictos... había gente delante de la puerta. Espero que se decidan a hacer algo.

BLASI: ¿Quién?

ALBERTO: - ¿Yo qué sé? Los que tienen el deber de hacerlo.

BLASI: - Ah sí, los otros, claro, claro.

ALBERTO: - Vuelvo a mi trabajo, si no se le ofrece nada. A 321, A 322, T677...

BLASI: - Ahí está, de nuevo con su letanía. ¿No le preocupa molestar a los lectores?

ALBERTO: - Usted no es un lector. No lee nada.

BLASI: - ¿Sigue con lo de los libros perdidos?

ALBERTO: - No, son los libros que hay que mandar a encuadernar.

BLASI: - Dígame una cosa. ¿Está seguro de que estos libros estén puestos realmente en el lugar que les corresponde?

ALBERTO: - ¿Usted no tenía que preparar una clase? Todo está en orden, quédese tranquilo.

BLASI: - Estoy tranquilísimo. Pero Rita tiene razón. De veras que es un pecado que no haya nadie que goce de los frutos.

ALBERTO: - No es mi culpa.

BLASI: - No lo culpo de nada.

ALBERTO: - He vuelto a organizar todos los estantes, he hecho de nuevo todas las etiquetas para el lomo de los libros, una por una. Hace semanas que trabajo para hacer de este lugar una biblioteca decente.

BLASI: - Ya lo veo. Y está mucho más encorvado y pálido que cuando llegó. No sé cuánto podrá resistir aquí adentro. Debería inscribirse en algún gimnasio a lo mejor. Así podría hacer amistades.

ALBERTO: - Ya le dije que aquí hago todo el ejercicio necesario.

BLASI: - O quizás pudiera irse a dar un paseo por el parque. Estoy seguro que enseguida tomaría un poco de color. ¿Por qué no va? Yo podría... incluso acompañarlo, alguna que otra vez, si quiere.

ALBERTO (*más amable*): - Le agradezco el consejo pero pasear por el parque, en estos tiempos, no me parece demasiado saludable.

BLASI: - ¿Tiene miedo? Quizá podría convencer a esa gente de venir acá en vez de matarse y maltratar a los patos. En ese caso hasta, yo creo que leer pudiera servir de algo.

Cognoscere ut nos liberemus. Conocer para ser libre.

ALBERTO: - Lo siento, pero debo estar aquí. Es eso lo que debo hacer. Yo hago bien mi trabajo pero no quiero saber nada de lo que pasa allá afuera. Ni tampoco me importa si la gente no viene. Lo mío es seguir por mi camino, sin mirar ni a la derecha ni a la izquierda.

BLASI: - Es lo mismo que usualmente hacen los demás. Así está hecho el mundo como una vez usted mismo lo dijo. También los demás caminan derecho sin mirar... Nadie se fija en nadie. Y sin embargo...

ALBERTO: - ¿Qué cosa?

BLASI: - Pues bien, yo creo, estoy seguro de que usted en otros tiempos no era así.

ALBERTO: - ¿Qué quiere decir?

BLASI: - Yo creo que hubo un tiempo en que usted sabía mirar. Un tiempo en el que, quizás, usted sonreía más a menudo, y hubiera podido mirar la gente allá afuera, sin pensar que eso le toca a los otros, que hay paredes, reglas, leyes. Quizás usted habría podido sentirse cercano a la gente, incluso a los que le tiran piedras a los vidrios de sus ventanas y a todos los demás...

ALBERTO: - No sé de qué está hablando.

BLASI: - Esto no tiene que ver con la política, estoy hablando de miradas.

ALBERTO: - Y yo hablo de respeto. Por mí que cada uno haga lo que quiera. Con tal de que...

BLASI: - ¿De qué?

ALBERTO: - Con tal de que me dejen en paz, que me dejen fuera. No quiero que me involucren.

BLASI: - Hay muchos medios para cerrar la puerta, ¿no es verdad? Yo lo sé muy bien; créame que nadie lo sabe mejor que yo. Usted y yo estamos haciendo el mismo viaje, sólo que en sentido inverso. Pero cuidado, cuidado que el profesor soy yo, no se le olvide.

ALBERTO: - Oiga, quédese ahí tranquilo preparando su clase imaginaria y déjeme trabajar en paz.

BLASI (*con un sobresalto*) :- En paz. Es todo lo que usted desea. Que lo dejen en paz. Mátese y verá que así encuentra toda la paz que necesita. Pero yo no preparo a mis alumnos para ese tipo de paz. En latín palabra se dice *verba* y verbo significa acción, acción.

ALBERTO: - ¿Servirá de algo recordarle que yo no soy ni he sido nunca alumno suyo?

BLASI: - ¿Sabe qué pienso? Que su vida actual es, sencillamente, una cortés, decente y tranquila forma de suicidio.

ALBERTO: - Lo que usted piense o deje de pensar me tiene sin cuidado.

BLASI: - Oh, "no me cabe la menor duda". Esa es otra frase que usted pronuncia a menudo.

ALBERTO: - ¡Está bueno ya de hablar de mí!

BLASI: - Y no levante la voz que esta es una biblioteca.

ALBERTO: - Perdone.

BLASI: - No, no, al contrario, grite, grite si es capaz. ¡Adelante, lo escuchamos!

ALBERTO: - Yo lo único que quisiera es hacer mi trabajo en paz, se lo suplico.

BLASI: - Bravo, eso es, no grite, no llore, no sude, no vomite, piense sólo en los libros y en todas sus fichitas en riguroso orden alfabético.

ALBERTO: - Me niego a continuar esta conversación. ¿Por casualidad ha bebido?

BLASI: - Aquí el que pregunta soy yo. ¿Qué le ha hecho pensar que iba a ser mejor encerrarse de esta manera? Para hacer esta vida que no es la suya pero que fue la mía, la mía durante años, una vida entera, no ver, no oír, claro, de una manera distinta, pero siempre con el mismo resultado, mantenerse apartado, dejar que sean los otros lo que decidan, escojan, vivan... mueran.

ALBERTO. – Profesor, por última vez se lo pido por favor.

BLASI: - "Profesor, se lo pido por favor". Me parece estar oyendo hablar a Cecilia Mastalli, la santa campesina. Por cierto, creo seriamente que aquella jovencita hizo lo que hizo para

tener la posibilidad de quedarse sola con diez guerrilleros calientes. Y tirárselos a todos. ¡Al fin *una santa bien tirada!* Ese es el título que sugeriré a Grimoldi.

ALBERTO: - No tiene sentido dialogar con usted. Está más perturbado que lo habitual y no tengo intención de perder mi tiempo.

BLASI: - Usted es peor que Grimoldi, por lo menos él cree en algo, en la imagen, en el dinero, en el rating; usted, en cambio, trabaja por nada. Deja que sean los demás los que jueguen y sólo se preocupa de limpiarles el campo. Usted sólo cree en sus clasificaciones y en sus estantes limpios.

ALBERTO: - ¿Y qué quería que hiciera? ¿Qué cosa? Si ya no viene nadie, ¿quiere que convierta esta biblioteca en un centro de acogida de ancianos, en una guarida de drogadictos? Por otra parte, ya todo eso lo es. ¿Y qué cosa, qué hacen los otros por mí? ¿Qué pretende usted? ¿Que me ponga al servicio de los otros? ¿Es eso lo que quiere?

BLASI: - No, ya se lo dije, sólo que mire, que quite la vista de sus libros y de vez en cuando se dé cuenta de que existen.

ALBERTO: - Demasiado me acuerdo, por desgracia.

BLASI: - *Omnes mortales amari cupiunt.* Todos los seres humanos necesitan...

ALBERTO: - ¿Pero qué disparates está hablando? ¿Qué tiene que ver el amor aquí? Hago mi trabajo con precisión, honestamente, regularmente, ¿qué otra cosa tendría que hacer según usted?

BLASI: - No lo sé. No lo sé. No lo sé. Salir de sí mismo, trabajar para los demás, conocerlos.

ALBERTO: - Yo ya trabajo para los demás estando aquí adentro.

BLASI: - Vamos, diez horas al día se pasa usted arreglando libros que nadie lee y que nadie consulta.

ALBERTO: - ¿Y qué cresta quiere que haga? ¿Me lo explica de una buena vez? ¿Se le ha metido en la cabeza venir aquí a decirme cómo debo comportarme quizás? ¿Cómo vivir? ¡Justo usted!

BLASI: - Yo todavía tengo mucho que enseñar.

ALBERTO (*acercándose a Blasi*): - Pero yo no soy su alumno y tampoco su hijo. Usted está jubilado y su hijo está muerto. Todos están muertos y ya no tenemos a nadie. ¡A nadie!

BLASI: - *Omnes mortales...*

ALBERTO: - Es demasiado tarde, muy tarde ¿entiende?

(Lo sacude violentamente. Blasi está completamente subyugado).

BLASI: - Si me saca las manos de arriba... quizás haya esperanza de que entienda.

(Alberto está sacudido por su propia violencia. Instintivamente se acerca a un estante y se pone a arreglar los libros).

ALBERTO: - Ya ve, ya ve, si no me contuviera... Usted entiende por qué necesito estar acá ordenando.

BLASI: - Escuche, quizás no todos lo ven como yo pero yo prefiero su furia a sus fichas. Hay vida en esa rabia, puede haber amor también en eso... En el fondo, yo sólo he querido enseñarle a no ser lo que he sido yo. Pero la verdad es que ahora ya no enseño nada. Nadie tiene nada que enseñar y nadie puede vivir la vida por usted.

ALBERTO: - Nosotros... debemos irnos, es tarde.

BLASI: - ¿Cómo?

ALBERTO: - Ya no abro de noche. Es peligroso... allá afuera.

BLASI: - Habrá escuchado por la buena Rita sobre mi heroísmo. ¿Sabe cómo hice huir a aquellos sinvergüenzas? Recitando la Eneida en latín. La escena debe de haber sido tan grotesca que les dio miedo. Acabo de decirle que ya yo no enseño pero no estoy seguro de

que sea verdad. En el fondo, no sabría hacer otra cosa. Se dice que los que no saben hacer nada se dedican a enseñar.

ALBERTO: - ¿Pero por qué conmigo? ¿Por qué se le ha metido en la cabeza hacerlo conmigo?

BLASI: - *Tibi vale dico*, me voy.

ALBERTO: - No pase por el parque, podrían hacerle daño. Váyase para su casa por favor.

BLASI: - Perdona mi insolencia, si puede. *Salve*.

RONCAI: - *Salve...atque vale*.

(El profesor recoge sus cosas y sale. Alberto todavía echa una mirada afuera y después trata de asegurarse de que la ventana esté bien cerrada).

(A la mañana siguiente. Alberto hablando por teléfono).

ALBERTO: - No, Rita, no se preocupe, en serio. Quédese en su casa con su hijo. No, sólo llegaron diez libros nuevos. No es necesario. Me puedo hacer cargo de todo. Todo está bajo control. Por el momento no hay nadie, para variar. Sí, quizás más tarde. La única cosa es que esta mañana he encontrado la ventana de atrás del escritorio ligeramente forzada, pero ayer estaba tan cansado que... Sí, cierto, hasta yo he cambiado el recorrido, ahora paso por el puente, el puente de los Recuerdos. Sí, es más seguro. Bien, nos vemos mañana, sí, adiós, hasta mañana.

(Alberto, después de una rápida ojeada alrededor se inclina sobre su trabajo).

ALBERTO: - De modo que, veamos. Hay que pedir la tinta para el sello, unos sujetalibros, veinte contenedores para revistas y, además...

(Entra Blasi con el libro de clases y una bolsa. Tiene un aspecto muy desarreglado).

BLASI: - *Salvete*. Quédense sentados. Todos sentados... ¡Esta es la última lección del año!

(Blasi se sienta, aunque quizás sigue hablando como consigo mismo).

ALBERTO: - No lo puedo creer, no es posible.

BLASI: - ¿Ah?

ALBERTO: - No debería estar aquí, usted no está bien.

BLASI: - ¿Cómo dice? Hable más alto.

ALBERTO: - Usted no debería estar aquí, no debería venir más.

BLASI: - Quizás no, pero he pensado que un poco de aire fresco me haría bien. Me puse a vagar sin rumbo y... terminé aquí.

ALBERTO: - Adivina ¿por qué?

BLASI: - Lo dejaré en paz, lo prometo. Pero aquí tengo lista mi clase (*echando un vistazo a sus hojas*).

ALBERTO: - ¿Quiere que le traiga un periódico o una revista? Aunque seguro se va a quedar dormido, no me cabe la menor duda.

BLASI: - Entonces no me los traiga. Pero sepa que si ese fuera mi objetivo tomaría un libro de física. ¿Cree usted en la física que se enseña en estos libros? Yo no, yo no creo que el universo esté hecho de átomos, sino... de historias.

ALBERTO: - ¿De nuevo volvió a beber?

BLASI: - No quiero molestarlo. Me voy a quedar aquí tranquilito, tranquilito. A propósito, casi me olvidaba. Tengo algo para usted. Ajá... debería estar aquí dentro.

ALBERTO: - ¿Para mí?

BLASI: - Tómelo, vamos.

ALBERTO: - Es un libro.

BLASI: - ¡No!

ALBERTO: - ¿De quién? No lo dice en la cubierta.

BLASI: - Bueno, entonces hojéelo. Por cierto es para usted, no para la biblioteca, sino para usted.

ALBERTO: - Tiene todas las páginas en blanco. Aquí no hay nada escrito. Quizá sea un error. O una broma.

BLASI: - ¿De veras está en blanco?

ALBERTO: - Mire usted mismo.

BLASI: - Sí, tal y como yo quería.

ALBERTO: - ¿Perdón?

BLASI: - Esas páginas están en blanco, ¿pero sabe usted cuántas cosas pueden sugerirle, cosas que sólo a usted se le pueden ocurrir? Tómelo, de veras, yo creo que pudiera serle útil.

ALBERTO (*apartando el "regalo"*): - Le agradezco la intención. ¿Pero ahora por qué no se va a casa? ¿Usted tiene casa, verdad?

BLASI: - ¿Acaso cree que duermo debajo de un puente? Quizás de un puente de la familia, como el puente de los Recuerdos.

ALBERTO: - Entonces váyase a casa porque tiene aspecto de haber pescado un buen resfrío como mínimo.

BLASI: - Le agradezco su preocupación, pero no, profesor. Hoy desobedezco. Le haré compañía unos minutitos más y después...

ALBERTO: - Haga lo que le parezca.

BLASI: - Y además, me siento muy bien ¿Y usted, *ut vales, hodie?*

ALBERTO: - Yo también estoy bien, gracias. Pero creo que si hubiese pasado la noche afuera y bebido desde temprano en la mañana difícilmente me sentiría en forma.

BLASI: - Pero como eso no ha ocurrido, se siente perfectamente bien. ¿Y, además, quién le dijo que pasé la noche afuera?

ALBERTO: - Está vestido con la misma ropa que ayer, tiene el pelo enmarañado y los ojos cansados.

BLASI: - Sí, no debo de tener buen aspecto. Pero he trabajado mucho en mi clase, ya le dije que trabajé toda la noche.

ALBERTO: - Muy bien, sus alumnos estarán muy contentos.

BLASI: - Eso espero. Me imagino que a usted le dará un poco de asco ver a un hombre reducido a este estado, con los ojos hinchados y el aliento pestilente.

ALBERTO: - Se equivoca. Me es totalmente indiferente.

BLASI: - Indiferente, sí. Quizás en otra época habría sido de otra forma, pero ahora las cosas han cambiado. ¿No es así? El mar helado de los sentimientos.

ALBERTO: - ¿Qué dice?

BLASI: - Nada, pensaba en Grimoldi y en los amigos que en este momento nos rodean.

ALBERTO: - ¿De qué amigos habla?

BLASI: - De los libros, naturalmente. Que con frecuencia ayudan, pero que pueden también alejar, esconder, aislar.

ALBERTO: - No sé qué quiere decir. O quizá sí. Pero yo no tengo ninguna necesidad de esconderme. Estoy bien así; esta es mi vida. Una vida normal, aunque a usted le parezca lo contrario. Sin complicaciones, sin... caos. Ya no tengo deseos de cambiar nada fuera de mí, y me va bien así. Me basta con lo que hay, con lo que veo. Dejo la tarea de cambiar las cosas a los demás. Yo me limito a ponerlas en su lugar.

BLASI: - Y así está usted mucho mejor, ¿verdad? Seguro entre sus amados libros. Una vida gloriosa. Y un día sobre su lápida se podrá leer "Aquí yace bajo una bella encuadernación de madera un ejemplar de la mejor edición de Alberto Roncai".

ALBERTO: - Bien. A diferencia de usted, yo no tengo intenciones de terminar como un libro roto, estrujado y comido por gusanos.

BLASI: - Incluso si sobre ese libro se han derramado lágrimas y ese libro ha visto esas lágrimas...

ALBERTO: - ¿Sabe cuál es su problema, profesor? Que usted, a diferencia de mí, todavía está obsesionado con los recuerdos.

BLASI: - A mi edad, jovencito, ya no se tienen recuerdos, a lo mejor... remembranzas.

ALBERTO: - Yo, en cambio, prefiero olvidar y vivir por mi cuenta. Sólo quiero poder trabajar tranquilo, seguir adelante con la cabeza baja, encontrar un poco de calma.

BLASI: - Quisiera decirle que no siempre he sido tan impresentable. Antes yo siempre sabía qué era lo que había que hacer, qué había que decir, qué corbata escoger, por qué calle caminar todas las mañanas. Y caminaba por ella, como ahora lo hace usted, sin mirar a la cara a nadie. Sin detenerme, si alguien necesitaba ayuda, aunque se hubiese tratado de mi hijo o de usted. El mundo tenía sólidas fronteras y en ese mundo yo tenía mi lugar. Era como usted, y estoy seguro de que...

ALBERTO: - Basta de hablar de mí. Usted no me conoce. Usted no sabe nada de mí.

BLASI (*tratando de tocarlo levemente*): - Al contrario, querido...

ALBERTO: - No quiero que usted me toque ni que me conozca. Yo para usted soy un bibliotecario, simplemente; eso es lo que quiero ser. Y nada más que eso.

BLASI: - Demasiado tarde. Usted tiene la desgracia de parecerse a tantos y a nadie, o quizá a uno sólo. Tiene la desgracia de haber llegado a tiempo para la última lección. Me he pasado cuarenta años enseñando las reglas, la música de una lengua que nadie comprende hace siglos. La perfecta inutilidad de mi función me regalaba un rol, una respetabilidad. Ahora que todo esto se acabó, yo, liberado de las cadenas de las inútiles declinaciones, de las inútiles reglas y las inútiles excepciones, soy libre, sólo que... sí, el único problema es que ahora ya no sé hacia dónde volverme. Encerrarse en un rincón tenía sus ventajas. Mi mujer y mi hijo están muertos. Cada vez hay menos gente que estudia latín... Ahora estoy sin cadenas y sin reglas, finalmente libre. Pero solo, también solo sí, como nunca antes lo estuve. Solo, además de viejo, naturalmente.

ALBERTO: - ¿Por qué me está contando todo esto?

BLASI: - Porque la verdad es que vine a despedirme y a... pedirle un libro.

ALBERTO: - ¿Cómo a despedirse? ¿Tiene intenciones de irse a alguna parte?

BLASI: - Sí, me voy. Ya no seré más su pesadilla de cada día.

ALBERTO: - ¿Y adónde irá?

BLASI: - Eso no se lo puedo decir ahora. Sí debe saber que no será fácil que me vuelva a ver. Pero antes quería pedirle un libro prestado.

ALBERTO: - ¿Y cómo lo va a devolver si se va?

BLASI: - El formalista de siempre. Encontraré la manera. Bueno, ¿me lo concede? Ya devolví el Virgilio con G.

ALBERTO: - ¿Qué libro quiere?

BLASI: - Creo que llevaré las comedias de Plauto, para sentirme un poco mejor. Plauto, el de *Babae*. Él era el que siempre escribía *Amor amara dat*, El amor da dolor. Pero no hacerlo da la nada. Sí, llevaré a Plauto.

(Alberto duda).

BLASI: - No pretenderá que me ponga a leer a Dante o a Ariosto, a mi edad estos autores modernos no se entienden bien. Bueno, ¿me lo presta? Conozco hasta el código: O-e 328.

ALBERTO: - Está bien, será Plauto.

(Alberto se levanta a buscar el libro).

ALBERTO: - O-e 328... Aquí está. Pero qué raro, con este código hay otro libro.

BLASI: - ¿Qué libro?

ALBERTO: - *Manual de fisiología humana*.

BLASI: - Los humanos, ¡sólo faltaba que me pusiera a estudiar yo sus cuerpos! Ya no sé qué hacer con los hombres y ellos no saben qué hacer conmigo.

ALBERTO: - El código del libro debería ser otro. V-b, para ser más exacto.

BLASI: - No me cabe la menor duda. Pero debe de ser un pequeño error. Esas cosas pasan.

ALBERTO: - Sí, pero es muy extraño.

BLASI: - Está bien, no pasa nada. ¿Sabe qué? Decidí cambiar. Sí, basta ya con el pasado. Llevaré un libro moderno, a lo mejor científico. Aquí tomé uno. *Química moderna ilustrada*. U-o 2345.

ALBERTO (*sumergido en sus reflexiones*): - Y, sin embargo, es curioso este error. Estaba seguro de haber vuelto a poner todo en su lugar. No me queda otra que consultar el catálogo.

BLASI: - ¿Sigue pensando en Plauto? Después lo hará con calma. Ahora tengo un poco de prisa. U-o 2345, gracias.

ALBERTO: - De acuerdo, lo separo. ¿Cómo dijo? U-o 2345. Química... de aquel lado. Veamos. Eso es... No... *La gran historia de la pintura*. Ese es otro sector... ¿Qué tiene que ver la pintura con la química?

BLASI: - Ni idea. Explíquemelo usted.

ALBERTO: - Este no es su lugar. Debería estar en R-a. Es absurdo. ¡Absurdo!

BLASI: - ¿Absurdo? Puede ser... pero quizás así es más emocionante. Sin reglas en las que apoyarse, sin normas a las que remitirse... Está bien, dejémoslo así. Así que... V-b 324. *Fisiología humana*, está bien, deme ese manual.

ALBERTO: - ¿Este libro?

BLASI: - Sobre todo, ese código. V-b 324. Vaya a ver.

ALBERTO (*dirigiéndose hacia ese sector*): - ¿Qué es esto? V-b 324. *Las aventuras eróticas de...* (*desconcertado*) ¿Pero qué hace aquí adentro un libro de este tipo?

BLASI: - Seguro que también es un donativo, quizás de alguna asidua cliente de la biblioteca. Bien, ¿y qué me dice de U-h 324, o de D 657?

ALBERTO: - Y estos otros no tienen ni la etiqueta ni el código. ¿Qué ha pasado aquí, Dios mío? ¡No entiendo nada!

BLASI: - ¿De veras? ¿Y cómo se siente doctor Roncai?

ALBERTO: - ¡Mal! Mi trabajo no ha servido de nada. La ventana. Ya yo decía. Entraron por la ventana.

BLASI: - Así que ni aquí estamos seguros. Revise a ver si se han llevado el Cicerón.

ALBERTO: - No, aquí está.

BLASI: - Claro. Ni siquiera los ladrones saben qué hacer con él.

ALBERTO: - Están todos los libros.

BLASI: - Aparentemente sí.

ALBERTO: - Pero usted...

BLASI: - ¿Yo qué?

ALBERTO: - ¿Qué hizo? ¿Por qué se sabe tan bien los códigos?

BLASI (*después de una pausa*): - Porque yo los cambié. Todos. Esta noche. No podía dormirme, sabe. Y para colmo se me había acabado el vino. Tiene razón. Es muy fácil entrar por esa ventana.

ALBERTO: - Que usted entró por la noche... ¿Por qué, por qué?

BLASI: - Nada, simplemente necesitaba hacer un poco de ejercicio. En otros tiempos habría tomado un buen somnífero. Pero esta vez no. Decidí desahogarme. (*Trata de encender un habano*).

ALBERTO: - ¿Y ahora qué hace?

BLASI: - ¿No lo ve? Trato de encender este habano.

ALBERTO: - Aquí no se fuma.

BLASI: - ¡Vamos!

ALBERTO: - ¡Usted sabe perfectamente que aquí no se puede fumar!

BLASI: - En otros tiempos, ¡cuando esta era una biblioteca seria! Pero ahora que todo está desordenado... si en este momento entrara alguien a pedirle un libro, le tomaría por lo menos tres horas encontrarlo. Pero eso sí, aquí están todos los libros, hasta los treinta o cuarenta que tenía en mi casa. Es verdad, *memoria vacillat*.

ALBERTO: - ¿Usted tenía en su casa cuarenta libros de la biblioteca?

BLASI: - Ni siquiera me acordaba de haberlos pedido, se lo juro. Y las fichas ahí, en el catálogo.

ALBERTO: - ¿Qué ha hecho, qué hizo con las fichas?

BLASI: - No se asuste... sólo las garabateé un poco. Nada más les hice un dibujito...

ALBERTO: - ¿Hizo dibujos en las fichas?

BLASI: - ¿Sabe cuántos dibujitos hacen en los cuadernos de latín? ¿Quiere también un habano? Ah, se me olvidaba que usted no fuma. Bien, si no le gusta está bien, pero sepa que los romanos no fumaban y de todas maneras se murieron todos.

ALBERTO: - Voy a llamar a la policía. Tengo que hacer algo, tengo que hacer algo.

BLASI: - No vendrá nadie por tan poca cosa.

ALBERTO: - Usted se merece que lo metan en la cárcel, no en un manicomio. Usted es una persona peligrosa. Me tomará cuatro semanas volver a poner todo en orden.

BLASI: - ¿Y para qué? Esta biblioteca va a desaparecer, a usted lo trasladarán y tendrá que actualizarse, aprender computación...

ALBERTO: - Eso no importa. Usted debe ser castigado.

BLASI: - Yo me adaptaré, me actualizaré. Aprenderé lenguas o, en el peor de los casos, le daré un nombre nuevo a las cosas viejas. Un computador podría ser un *instrumentum computatorium*, una bomba atómica, un *pyrabolus atomicus* y las drogas que trafican allá afuera, *medicamenta stupefactiva*...

ALBERTO (casi llorando): - Esta biblioteca es mi mundo. Cada cosa tenía su lugar, todo estaba bajo control. Nada malo podía suceder entre estos estantes... Yo aquí estaba bien, estaba bien ¿entiende?

BLASI (acercándosele): - Quizás esta biblioteca es demasiado pequeña para contener a un hombre vivo. Quizás... usted pueda volver a leer los libros que no se imprimen.

ALBERTO: - Está delirando. Está enfermo. No quiero seguir escuchándolo. Dios mío, ¡también ha estropeado las etiquetas! Y las fichas, ¡mire lo que le ha hecho a las fichas! Me temo que nunca más podré arreglarlas. Estaba todo tan ordenado, tan perfecto aquí adentro y usted lo ha destruido todo.

BLASI: - No hay regla ni verdad absoluta. *Ubi sunt signa certa?* ¿Dónde buscarlas, de quién agarrarse? Pero quizás, quizás escucharse y mirarse los unos a los otros sea todavía la mejor manera de leer.

ALBERTO: - ¿Qué quiere de mí? Yo no lo conozco, ¡no quiero mirarlo! No me interesa. Usted viene aquí a darme una lección, como si estuviera en la cátedra, sin que nadie se lo haya pedido, y manda al tacho de la basura un mes de trabajo. Pero si cree que va a salirse con la suya está completamente equivocado. Me lo va a pagar.

BLASI: - No se preocupe por eso. Yo por mi parte no voy a huir. Quise divertirme un poco pero ahora lo voy a dejar que disfrute de su paz. Creo... que estoy demasiado viejo para lo que he aprendido. Durante años respeté la *consecutio temporum*, pero no era capaz de dar amor. Ahora he mandado al cuerno las reglas, pero sigo sintiéndome inútil. Fui un profesor severo y un padre innoble. *Omnes mortales amari cupiunt*. Todos lo necesitamos, incluso a mi edad.

ALBERTO: - ¿Y a ver, qué quisiera hacer? Dígamelo.

BLASI: - ¿Hacer? No, nada más. *Acta est fabula*. Tuve el feo vicio de enseñar pero creo que me liberé de él. Ahora lo único que deseo es desaparecer, para siempre.

ALBERTO: - ¿Qué está diciendo? ¿Dónde? ¿Adónde se propone ir?

BLASI: - No lo sé. A cualquier parte. Yo siempre decía que quería ser como un puente entre los estudiantes y yo. Pues bien, usted conoce ese puente. El puente de la familia, de los Recuerdos. En vistas de que usted amenaza con ponerme a la sombra, mientras tanto pudiera irme a refrescar las ideas allá arriba... o allá abajo. En las fétidas aguas de nuestro río.

ALBERTO: - Eso es patético. No trate de impresionarme. Lo dice a propósito. Lo hace a propósito para que yo me sienta culpable. Usted nunca sería capaz...

BLASI: - Se equivoca...

ALBERTO: - No, es sólo otro de sus trucos. Mañana estará de nuevo aquí para atormentarme, ¿no es verdad? ¿Verdad que eso hará? ¡Usted es un bufón, un enfermo, un loco!

BLASI: - Quizás tenga razón, ¿pero qué otra cosa puedo hacer? No hay una sola persona por la que valga la pena renunciar a ese gesto. Los exámenes han terminado y no queda nadie que tenga necesidad de mí. Ni hijos ni alumnos. Sí, creo que lo haré. Y esta justamente será la última lección.

ALBERTO: - No le creo, no le creo. ¿Se pondrá a escribir otra clase imaginaria, cierto? O a inventarse cualquier otra cosa por el estilo con tal de arruinar mi trabajo, para que yo me sienta mal. O irá a acabar de emborracharse. Eso va a hacer, no me cabe la menor duda.

BLASI: - ¿Jovencito, de veras tú no tienes dudas? Sin embargo, yo te había dicho que *dubium sapientiae initium*, ¿te acuerdas? La duda es el comienzo de la sabiduría... Hasta la vista. O quizás esta vez adiós, adiós en serio. De todos modos, en latín se dice más o menos igual. ***(Blasi inicia la salida)***.

ALBERTO: - ¿Adónde va? Déjese de idioteces. Regrese, no se vaya. ¡Regrese!

(Blasi sale)

(Alberto permanece inmóvil por unos instantes, camina entre los estantes como una fiera enjaulada).

(En ese momento entra Grimoldi).

GRIMOLDI: - Señor, al fin lo tenemos. Acaba de salir el libro. Mi primer libro. Parece que ya se hicieron cinco mil ejemplares. *Cecilia, un ejemplo para todos*. ¡Y lo prometido es deuda! Este ejemplar es para la biblioteca. Quería escribirle una dedicatoria pero no sé si el reglamento lo permite, ¿ah? ¿Qué me dice?

(Alberto no abre la boca, lo mira, después se apoya en un estante; instantes después arroja al suelo todos los libros de uno de los estantes y sale apresuradamente de la biblioteca).

GRIMOLDI (*espantado*): - Está bien, está bien, sin dedicatoria.

(telón)